George Ticknor.

SUUM CUIQUE.

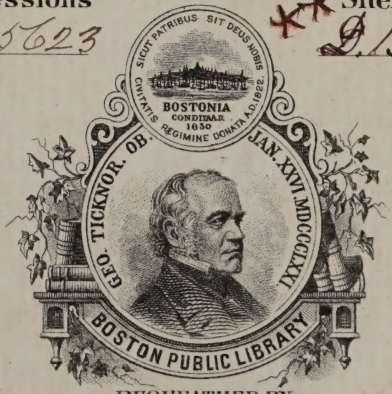
Accessions

115623

** Shelf No.

G. 156. 12

Vol. 18



BEQUEATHED BY

George Ticknor.

Rec.d Apr. 26.th 1871

f. 1620 b. 1608 + 1659 Epistle

Francisco de Rioja,

Taber II. 431. 492 – 6. 570–80

Sim. Spa. II. 173.

Puyb. I. 359. 556.

Tamdiz. XVIII.

great in the Inquisition under the patronage of Olivares, but when that minister fell he was persecuted – afterwards favoured by Philip IV.

His Silvas

Epistle to Fabio good

Ode to Natica

Beautiful Ode to Spring. Taber II. 593

Much that is gentle, melancholy

good sonnets

See Taber, who has taken much

POESÍAS INÉDITAS

DE FRANCISCO DE RIOJA,

Y OTROS POETAS ANDALUCES.

TOMO XVIII.

DE LA COLECCION DE D. RAMON FERNANDEZ.

MDCCXCVII.

EN MADRID EN LA IMPRENTA REAL.

D.156
.12
Vol.18

115623

Las Poesías que comprehende este tomo han sido sacadas de varios códices comunicados al editor. Las primeras son de Francisco de Rioja, Sevillano, que floreció á principios del siglo XVII. Se sabe que este Poeta fue contemporáneo de Herrera y otros hombres de mérito: que estimado y favorecido del Conde Duque fue perseguido y acusado por sus émulos, y encerrado largo tiempo en una prision estrecha: que libre de esta borrasca se retiró á Sevilla, donde vivia lo mas del tiempo en el campo, léjos del trato humano que tan funesto le habia sido; y en fin que volvió á Madrid, donde murió de edad muy avanzada en 1659.

Su talento poético se distingue mucho de los demas ingenios de su siglo, por la belleza de su diccion magestuosa y de su versificacion, por la regularidad de sus composiciones, por

la vehemencia en fin de imaginacion, y la fuerza y severidad de pensamientos que en casi todas ellas centellean. Ninguno ha manifestado un carácter tan respetable y filosófico: ninguno una sensibilidad tan interesante: ninguno el acierto de variar el tono tan á propósito, segun los diferentes objetos que se le presentaban á la vista: él sabia enternecerse sobre las flores, llorar con entusiasmo los estragos del tiempo y las ruinas de los pueblos, llamar con voz irresistible al exercicio y estudio de la sabiduría. El es el primero de nuestros Poetas antiguos, que sin lamentarse de ella, ha saludado á la desgracia como el crisol de la virtud; y él es en fin el que ha dicho que valia mas plegar la frente á la adversidad, que la rodilla al poder.

Por desgracia no poseemos de este Poeta mas que un corto número de composiciones que ahora se publican; y aun de estas podrian omitirse algu-

nas si se hubiera de consultar estrechamente á la gloria de Rioja. El desechara ahora una gran parte de sus sonetos * y algunas de sus silvas; corrigiera muchos versos floxos y prosaycos que vician la belleza de los demas, y se exercitara en asuntos dignos de la energía de su pluma. Pudieramos justificar con exemplos estas advertencias; pero deseamos excusar la prolixidad, fuera de que, comparando á Rioja con él mismo, se advierten al instante sus desigualdades. Sus defectos no son de naturaleza contagiosa: hijos los unos del descuido, los otros del vicio de las copias que han llegado á nosotros, no pueden servir de prueba contra su buen gusto, ni contra sus talentos. Estos se han de medir por la cancion á Italica, por la epístola á

* ¿Quándo se acabará de desterrar este género de Poesía artificioso y pueril, donde la imaginacion encadenada ni puede volar ni extenderse, y donde apenas hay otro mérito que el de la dificultad vencida? Jamas un soneto ha podido compensar con sus bellezas, el tiempo y el trabajo que se malgasta en componerle.

Fabio, y por muchos rasgos de sus silvas. Al contemplar las bellezas que brillan en estas composiciones, se siente la pérdida de las que no han sobrevivido al tiempo, y se desea que Rioja hubiese vivido en circunstancias menos infelices. Ellas lo hacen todo: hay épocas, hay paises, cuya maligna influencia corrompe la aficion, el estudio y los talentos; y Homero entonces, ó no haria versos, ó seria un coplero.

Herrera, anterior á Rioja, y tal vez su Maestro, es superior á todos nuestros Poetas en el cuidado y aliño de la elocucion. El se creó un lenguage poético desconocido hasta entonces; y él fue quien empezó á descubrir algunas centellas de la armonía imitativa, que todos los demas descuidáron en mengua eterna de nuestra hermosa lengua. Se quisiera que este escritor no se hubiera contagiado tanto de la manía petrarquesca: que hubiera escrito menos sonetos y elegías

amorosas; y que en estas mismas composiciones se notára menos la falta de facilidad, de soltura, y sobre todo de gracia que es el alma de los amores. Sus Poesías fuéron publicadas los años pasados por uno de nuestros mas acreditados literatos; pero se omitió la Egloga que se publica ahora, impresa por la primera vez en el libro de versos que el mismo Herrera dió á luz en su vida. Esta composicion está llena de pensamientos graciosos, de imágenes agradables, de sentimientos muy bien expresados, y á pesar del artificio y pompa que se dexa ver en su diccion menos natural y sencilla que lo que conviene á una Egloga, á pesar de algunos versos desiguales, se lee con muchísimo placer; y los hombres de gusto se alegrarán seguramente de conocerla.

En fin acompañamos algunos sonetos, una carta, y dos canciones de Don Juan de Arguijo, Caballero de Sevilla, protector de los Poetas de

su tiempo, y buen Poeta él tambien: los fragmentos del Poema sobre la Pintura del Cordobes Céspedes, donde se ven á veces octavas tan robustas: y varias composiciones festivas del Sevillano Alcazar. Podrá conocerse por los versos que van en este tomo, que el genio de los Poetas Andaluces era entonces mas ardiente y vigoroso que el de los Castellanos y Aragoneses. En ellos se descubren siempre mas luces de la verdadera Poesía; y Leon, Herrera, Rioja, Arguijo, Jáuregui, y Góngora quando no se pierde, se leen siempre con placer y con fruto.

Sus obras, sin embargo, están muy lejos de la perfeccion; y quando se leen los Poetas de la antigüedad, y se contempla á la naturaleza, se advierte fácilmente quanto falta á los nuestros para llegar al término á que otros grandes hombres han arribado. Es preciso repetir todavía lo que tantas veces se ha dicho: para escribir

bien es preciso saber; porque la sabiduría es la que engrandece la imaginacion, purifica el gusto, concibe los grandes planes, y los dirige á grandes miras. Entonces no se sabia, ó por lo menos no eran nuestros Poetas los que mas se distinguian en esta parte. ¿Qué pensar de Garcilaso, que para quejarse de los males ideales que sufre, dice que quiere morir confesado? ¿Qué pensar de Herrera, que empleaba en quejas, suspiros y lamentos un espíritu tan elevado y una diccion tan severa? ¿Qué en fin decir de todos ellos, envueltos casi siempre en asuntos frívolos ó extravagantes, sin hacer jamas servir la Poesía, ó no acertarla á aplicar á los grandes objetos á que debe destinarse?

Es preciso decirlo, aunque se nos tache de parcialidad y de encono. Se puede componer infinitamente mejor que nuestros antiguos: se puede dar mas imaginacion al estilo, mas armonía á la versificacion, mas vivacidad

á los afectos, y á la invencion mas regularidad y grandeza: se puede estudiar á la naturaleza con ojos mas penetrantes, tomar de ella misma el colorido, variar mas los tonos y retratarla en formas mas grandiosas. Melendez es un exemplo de la perfeccion á que pueden alcanzar los talentos unidos al buen gusto y al estudio: él ha cultivado casi todos los géneros cortos de la Poesía con un éxîto prodigioso; y en la coleccion de sus versos acaba de levantar á nuestra lengua y á su gloria un monumento inmortal. Que lo que él ha hecho en la Oda, en la Egloga y en la Poesía descriptiva se emprenda en los demas ramos por otros escritores. La comedia, la tragedia, el melodrama y la didáctica son campos inmensos abiertos á sus esfuerzos.

RIMAS

DE FRANCISCO DE RIOJA.

SONETOS AMOROSOS.

I.

Corre con albos pies al espacioso
Océano, veloz Tarteso rio:
Así no ciña el abrasado estío
Tu dilatado curso glorioso.
Y dá mi ardor, que crece tu espumoso
Seno á las muchas lágrimas que envío;
O esparza la dudosa luz rocío,
O muestre Cintia lustre generoso.
Que viendo en mústio són mi afan ardiente
De tí con crespa lengua resonado
En verde prado, ó en sedienta arena;
Será que blandas luces al herviente
Humor muestre (ya en vano derramado)
Mi acerba, y dulce, y clara luz serena.

II.

Sube, frondosa vid, y en estendido
Ramo corona la desnuda frente
De este infelice pobo, que al corriente
Cristal yace, de honor destituido.
Sube, así no amancille el aterido
Invierno en duro yelo tu excelente
Cima, ni Febo, quando mas ardiente
Muestra á tu gloria el rayo embravecido.
Que pues quando en su lustre florecia,
Te dió el áspero tronco, y dilatado
Seno, donde luciese tu ufanía;
Es razon, sacra vid, que el despojado
Leño, de verde y fresca lozanía
Ornes agora en su funesto estado.

III.

Ya del sañudo Boreas el nevoso
Soplo cesó, y el triste ivierno helado
Dando paso al divino ardor templado
Huyó al profundo centro tenebroso.
Y vuelve el verde honor al espacioso
Seno vuestro, del yelo despojado,

Sacros pobos, que ornais el intrincado
Curso del claro Guadiamar ondoso.
¡Felices vos, que ufanos al suave
Rayo de Febo, coronais la frente,
Libres del yerto humor que os oprimia!
Mas ¡triste yo! que de importuno y grave
Yelo siento oprimir la frente mia,
Lejos de ver mi altiva luz ardiente.

IV.

Ménova, que con turbia y alta frente
Vuelas veloz al gran Tartesio rio,
Horrible á fuerza del pluvioso y frio
Austro la selva oprime tu corriente.
Y ví yo quando en la sazon ardiente,
Corriendo apena de cristal vacío,
Ella te defendió del cano estío,
De tu ceñudo humor mústia y doliente.
No des al ayre, pues, ó rio sagrado,
Raices de tan fiel y generosa
Selva, que te asombró al estivo fuego.
Templa la saña, y el confuso y ciego
Hervir de tu profunda agua espumosa:
¡Así discurras puro y dilatado!

V.

Marchite, ¡oh! nunca frio y cano yelo,
De tus labios la dulce y blanda rosa,
Do la gracia de amor siempre reposa,
Ni otro sitio envidiando, ni otro cielo.
De ellos nunca á herir levanta el vuelo,
Ni hacha cruda, ó flecha rigurosa,
Que una blanda palabra generosa
Arma y enciende en el purpúreo velo.
De estos pues blandos, roxos y suaves
Labios, do se arma amor, y que encendiéron
Mi pecho en llama y rosa dulcemente,
Nunca ¡ó tiempo! permitas que los graves
Yelos de edad la púrpura ardiente
Amortigüen, y llama, en que me ardiéron.

VI.

Salve ¡ó mancebo! flor de la hermosa
Llama, que enciende y cerca el puro cielo,
Quanto menos que Cintia generosa,
Tanto luces mas cándido en el suelo.
Apacible destierra en la sombrosa
Noche el horror de su medroso velo,

Que aun no vibra su hacha luminosa
Venus mirando al gran Señor de Delo.
Luce en su vez ¡ó Hespero dichoso!
En su silencio; y con tu luz me invia
A mi dulce esplendor y mi cuidado.
Y si tal vez sentiste el amoroso
Fuego, que ansí encendió mi pecho helado,
Dame no errar por tenebrosa via.

VII.

Otro tiempo profundo y dilatado
Te ví correr ¡ó sacro Hesperio rio!
Y ya te ciñe el abrasado estío,
Y tu luciente mármol seca ayrado.
Triste pensaba yo, nunca sobrado,
Sentir tal vez el ardimiento mio,
O helase el Tanais el invierno frio,
O regalase el sol su curso helado.
Pero si tú, gran lustre de Occidente,
Betis, siendo deidad del inhumano
Tiempo la vez, y sientes la crueza,
No desespero de mi ardor insano:
Vuelta veré en ceniza la grandeza,
Mientras Febo rayare en Oriente.

VIII.

Lánguida flor de Venus, que escondida
Yaces, y en triste sombra y tenebrosa
Verte impiden la faz del sol hermosa
Hojas y espinas, de que estás ceñida;
Y ellas, el puro lustre, y la vistosa
Púrpura, en que apuntar te ví teñida
Te arrebatan, y á par la dulce vida
Del verdor que descubre, ardiente rosa.
Igual es, mústia flor, tu mal al mio;
Que si nieve tu frente descolora,
Por no sentir el vivo rayo ardiente,
A mí en profunda obscuridad, y frio
Yelo tambien de muerte me colora
La ausencia de mi luz resplandeciente.

IX.

Ya la hoja, que verde ornó la frente
Desta selva, Don Juan, en el verano,
Tiende amarilla por el suelo cano
Fuerza de helado espíritu inclemente.
Y la ova, que en agua ví pendiente
De un hueco risco con verdor lozano,

Mústio ya, y sin color, despojo vano,
Betis esplaya con mayor corriente.
Y yo así bien no desigual mudanza,
Siento en mi mal, que ya mi ardor intenso
Cambia el yelo en ceniza vana y fria.
¿Quién esperó igual bien? ¡ó grata usanza
Del tiempo! pues fallece á par del dia,
Si un hermoso verdor, un fuego inmenso.

X.

Aunque pisaras, Layda, la sedienta
Arena, que en la Libia Apolo enciende,
Sintieras ¡ay! que el Aquilon me ofende,
Y del yelo y rigor la pluvia lenta.
Oye con qué ruido la violenta
Furia del viento en el jardin se estiende;
Y que apena aun la puerta se defiende
Del soplo que en mi daño se acrecienta.
Pon la soberbia ¡ó Layda! y blandos ojos
Muestra, pues ves en lágrimas bañado
El umbral que adorné de blanda rosa.
Que no siempre tu ceño y tus enojos
Podré sufrir, ni el mústio invierno helado,
Ni de Boreas la saña impetuosa.

XI.

Claro y tranquilo el mar me conducia
A que sulcara su profundo seno;
Y apena entré, quando el color sereno
Huyó de Boreas con la saña fria.

Crespos montes de humor al cielo via
Subir, y el mar de obscura sombra lleno
Cambiar varias semblantes; y el terreno
Asiento entre las olas parecia.

Entonce ¡ay! ¡ó mezquino! un mortal yelo
Me cubria; y el hueco leño roto
Luchaba con las aguas fatigado.

En tanto afan con voz ya incierta, al cielo
Moví á piedad: libróme, é hice voto
De fiar nunca en Ponto sosegado.

XII.

Quando entre luz y púrpura aparece
La alba, y despierto ¡ay triste! y miro el dia,
Y no hallo la dulce Layda mia,
Alba, y púrpura y luz se me obscurece.

Lloro, y crece mi llanto, quanto crece
Mas la lumbre, y la sombra se desvia,

Y un torpe yelo así me ata y resfria,
Que aun la voz para alivio me fallece.
Y á un tiempo apura amor con alto fuego
En este ancho desierto el pecho mio,
Donde el pesar lo aviva mas y enciende,
Lloro, pues, y ardo: así mi amor se estiende
Tanto, que á luz, y á sombra y á rocío
Muero en llamas, y en lágrimas me anego.

XIII.

¡Ay, amarilla selva, que desnuda
Yaces, y en cano y yerto humor cubierta!
¡Cómo tu hórrida faz en mí despierta
Nuevo mal á mi incendio y llama cruda!
Siéntome ¡ay triste! arder quando se muda
Tu frente, y se descubre blanca y yerta:
Y quando el alma tierra mas desierta
Se ve de luz, mi llama es mas aguda.
Pero ¡qué mucho, ó selva, si la ardiente
Hacha con que te alienta el claro dia
Declina tanto al Austro pluvioso!
Y yo estoy tan cercano al refulgente
rayo, que de sus luces siempre envia
Mi dulce ardor, Aglaya, y glorioso.

XIV.

No esperes, no, perpetua en tu alba frente,
¡O Aglaya! lisa tez; ni que tu boca,
Que al mas helado á blando amor provoca,
Bañe siempre la rosa dulcemente.
¿Ves el sol, que nació resplandeciente,
Qual con luz desvanece, tibia y poca,
Y tú sorda á mis ruegos como roca
Estás, en quien se rompe alta corriente?
Goza la nieve y rosa que los años
Te ofrecen: mira, Aglaya, que los dias
Llevan tras sí la flor y la belleza.
Que quando de la edad sientas los daños,
Has de envidiar el lustre que tenias,
Y has de llorar en vano tu dureza.

XV.

Quando te miro, ¡ó fresno! así al helado
Soplo del Aquilon calvo la frente,
Y altivo y blando soplo de Occidente
De purpúreo verdor la cima ornado,
Alegre vuelvo á mi infelice estado,
Y esfuerzo así mi corazon doliente:

» Espera, no importunes al luciente
» Cielo con voces y con llanto airado.
» Tiempo será que tan crecida pena
» acabe, y tú luz goces, si oprimido
» Yaces ahora en tan profundo yelo.
» Y si el volver del incansable cielo
» Da á un mudo tronco el verde honor perdido,
» ¿Cómo á tí nó tu pura luz serena?"

XVI.

Yo acabaré infelice en el ondoso
Golfo, que ensaña y turba el viento ayrado,
Pues en nevoso invierno sulqué osado
Piélago así profundo y proceloso.
Ya me arrebata el ponto furioso,
Y miro el leño en piezas desatado
Entre la espuma errar (¡ay yo cuitado!)
Y no el cielo á mis lágrimas piadoso.
Yo acabaré, pues me reí imprudente
Del manso mar, que inmenso me rodea,
Y volverá en sus olas mis desnudos
Huesos. No fie de cristal luciente,
Tome exemplo en mi mal, quien no desea
Ser, qual yo, pasto de nadantes mudos.

XVII.

Onda náufraga, ¡ó quál tu leda frente,
Mientras el ócio fácil poseia,
Otra vez me ha engañado, que creia
Siempre tranquilo tu cristal luciente!
Ya no miro encresparse dulcemente
El mar con la aura que Occidente invia:
Mas espumosos montes, que á porfia
Levanta al cielo el Euro furiente.
Tres veces fuéron ya, que el hondo Egeo
Rompí mal cauto con aguda prora
Náufrago, y tantas lo sulqué animoso.
Debiera escarmentar, porque no ahora,
Opuesto en vano al mar impetuoso,
Llorara el cierto fin en que me veo.

XVIII.

Este sediento campo, que abundoso
De roxa mies contemplo en el estío,
Ví cubierto de humor luciente y frio
En el hórrido invierno y proceloso.
Y este de luengos cuernos caudaloso,
Betis, correr con nuevo orgullo y brio

Ví ya; y descrece, y con angosto rio
Entra en el ancho piélago espumoso.
Mas nunca ¡ay! ¡ó dolor! mi incendio veo
Menguarme un punto, ó robe soplo helado
Honra á la selva, ó tibio la corone.
Y el hado aun en tal grave mal dispone
Que muera en mi importuno devaneo
En lágrimas y en fuego desatado.

XIX.

¿En qué excelso lugar, Lesbia, formada
La nieve fué de tu hermosa frente?
La que á Moncayo coronó luciente
No es blanca á su pureza comparada.
¿Con quál purpurea llama retocada
Fue á partes su belleza floreciente,
Que desmaya y abrasa ocultamente
A la alma mas soberbia y mas helada?
Tus puras luces, dulcemente atroces,
¿Qué rayo celestial cerca y enciende?
¿Cómo suspende tu razon divina?
Mas ¡ó necio, quán poco las veloces
Palabras pueden! Lesbia peregrina,
Quien menos habla en tí menos te ofende.

XX.

Donde con presto paso y frente leda,
Fedro amigo, caminas diligente,
Llevas ¡ó quán en vano! la hacha ardiente,
Que esparce de la cumbre el humo en rueda.
¿Ignoras, por ventura, quánto pueda
Mas estender su luz resplandeciente
La llama que en mi pecho acerbamente,
Y dulce el engañoso amor hospeda?
Esa puede apagar fuerza de viento,
Y la lluvia que ya se precipita
Con ímpetu del cielo y con ruido.
Pero de Venus el ardor que siento,
Si la misma deidad no le marchita,
Nunca será de otro poder rendido.

XXI.

Fabio tú viste, y luego á la amorosa
Hacha ardiste: no culpo la presteza,
Que es nueva admiracion la alma, belleza
De la en ti dulcemente poderosa.
Los cándidos jazmines, y la rosa
Que en su frente esparció naturaleza

¿Quién vió jamas? y ¿quién la alta belleza,
Y llama de sus luces gloriosa?
Y tú, prudente, que el correr no ignoras
Del puro sol, á escura noche fria,
Ardes en viendo lumbre soberana.
Arde, que huyen las veloces horas,
Y no se sabe si al presente dia,
Fabio, podrá añadirse el de mañana.

XXII.

¡O cómo quando ví tu blanca frente,
Lesbia, yo parecí! Como encendido
Con nueva llama el pecho endurecido
Ya siento regalar sabrosamente.
Mas ¿quál admiracion, si á un excelente
Y peregrino amor se ve rendido
De altivas luces quien miró atrevido
Resplandor que vibráron refulgente?
Pero que en transparente tersa y pura
Nieve se asconda del helado ciego
La no vencida hacha abrasadora.
Y que muera en incendios cada hora
Quien de nieve tocó humana figura.
¡O admiracion! ¡ó no entendido fuego!

XXIII.

No canses el ingenio ni la mano
En imitar las luces á la nieve,
Lelio, de aquella faz, con que se atreve
Arte sublime á competir en vano.

Que ni el negro cabello simple y vano,
Que tal vez por la frente el aura mueve,
Imitará la tinta, aunque mas pruebe
Sobrar en fuerzas al saber humano.

¿Y podrá las palabras y el aliento
Mentir temple ingenioso de colores?
¡O! no hagas tan grave injuria al arte:

Quando el color me pintes á las flores;
Y la llama del sol y el movimiento;
De Egle podrás la mas dificil parte.

XXIV.

Manlio, las pocas horas que solia
Contar del suelo, al ocio y el engaño,
Dolor tuyo y tu incendio con extraño
Sentimiento á mi mente les debia.

Y ni en la sombra, ni en la luz del dia
Me da apenas alguna desengaño,

Ni la piedad lo ofrece de tu daño,
Llama que no será ceniza fria.
Pues érame escarmiento, peregrina
Forma de padecer, porque temiera
Errar, qual tú, por un vesuvio ciego.
¿Mas cómo ¡ay! si es la causa tan divina?
¡O bien dichoso, aunque abrasado muera!
¿Quién pudo arder en tan ilustre fuego!

XXV.

Sin razon contra el cielo, Aglaya mia,
Mueves airada el labio, porque ha dado
Veloz fin ya á tu lustre, y al dorado
Pelo que en tu alba frente relucia:
Si la flor que aparece al mediodia
El crespo seno en púrpura bañado
Con color se ve en tierra desmayado,
Antes que él mismo al mar tuerza la via.
Porque el fuego y la nieve dulcemente
En tu rostro mezclados, ¿qué otra cosa
Son que una breve flor? Templa la saña.
Que la fatal disposicion no engaña,
Si á quien alta belleza floreciente
La edad le da de la purpurea rosa.

XXVI.

Ardo en la llama mas hermosa y pura
Que amante generoso arder pudiera:
Y necia envidia, no piedad severa,
Tan dulce incendio en mí apagar procura.
¡O, cómo vanamente se aventura
Quien con violencia y con rigor espera
Que un alto fuego en la ceniza muera,
Mientras un alma á sabor en él se apura!
Si yo entre vagas luces de alba frente
Me abraso, y entre blanda nieve y roxa,
Es culpa de tu amor no hacer caso.
No es la lumbre del sol mas poderosa,
Y agrada mas naciendo en el oriente,
Que quando se nos muere en el ocaso.

XXVII.

De los rosados cercos donde suena
Dulcemente ofendido el puro aliento
Pendes ufano ¡ó búcaro sangriento!
Dando á envidioso amante acerba pena.
Mas que á la mano de artificio llena,
Tanto bien debes al ardor violento;

Y mas que á su primero nacimiento,
Aunque de rara fue y purpurea arena.
No así de amor sucede al rayo airado,
Que alto, encendido en mi alma se eterniza:
Ardo sin dicha entre la llama ciego.
Mas ¡ay! que sientes tanta gloria helado:
Y si el favor no se comprehende al fuego,
Filis, yo no lo envidio en la ceniza.

XXVIII.

Prende sutil metal entre la seda,
Que el pelo envuelve, y ciñe ilustremente
El rico lazo, que de excelsa frente
Sobre el puro alabastro en punta queda.
O prende la vistosa pompa y rueda
Del traslucido velo refulgente
Debaxo el cuello tierno y floreciente,
En quien, ó ni el pesar, ni el tiempo pueda.
Que en mí será tu aguda punta ociosa,
Y de nuevo herir ó dar favores,
No puede otra virtud en tí escondida
Mientras hay viva nieve y blanda rosa,
Y en desmayados ojos resplandores
Arbitros de la muerte y de la vida.

XXIX.

Filis, la destemplanza con que suena
Tu voz á mi desden siempre me advierte,
Que tambien para tí guardó la suerte
El fuego á que severa me condena.
A tratar nueva injuria como agena,
Filis, mal puede ser que el arte acierte;
Que no hay remedio á no prevista muerte,
Ni prevencion en no advertida pena.
En vano á persuadirme te dispones
Con forzada razon tus falsos yelos,
Si tus alientos no te son propicios.
¿Sabes que diéron próvidos los cielos
Al humano secreto las acciones
Solas de su verdad fieles indicios?

XXX.

Rompo con lisa frente las prisiones,
Filis, que tus engaños fabricáron:
Lágrimas tu mentir acreditáron
Contra hábitos de fieles presunciones.
¡O quántas veces, Fili, á tus acciones,
Que mal ardiente llama en mí apagáron,

En mis yelos piedad solicitáron,
Y turbáron prudentes prevenciones!
Pero ya de tu llanto la eloqüencia,
Y de tus modos el silencio, el arte
No podrá introducir nuevos engaños.
Y yo mas quiero á solas envidiarte,
Que ver siempre obstinada la prudencia
Al persuadir de tantos desengaños.

XXXI.

¿Qué secretos no vistos en mis males
Inventas, Cloe? Miro las acciones
Que fabricáron á mi paz prisiones,
Como quando en tus gracias siempre iguales:
Tambien las puras luces celestiales,
Contra quien no hay humanas prevenciones.
Mas ¿qué oculto veneno en ellas pones,
Pues las siento, muriendo, desiguales?
¡O modos eficaces y eloqüentes,
Cómo hablais en las injurias mias
Lo que niegan palabras y favores!
Que no entendida fuerza de temores
Descubrís en silencio ¡ay! florecientes
Mis glorias llevan los veloces dias.

XXXII.

Movió mi fuego á compasion los dias,
Y lleváron veloces y severos,
Fili, á tus ojos dulcemente fieros,
La flor que perturbó las paces mias.
Y á los que en competencias y en porfias
De pretender vió tu verdor primeros,
Aun la piedad no hace lisonjeros
De las cenizas que contemplan frias.
Como si fuera al tiempo permitido
Volver, y por las luces de tu frente
Rayo de risa centellando ardiera.
Fueras con tu belleza mas prudente,
Y el hermoso color nunca se viera
Con tanto aplauso á sombras reducido.

XXXIII.

Hiere con saña el mar y con porfia
La seca arena á su crueldad desnuda,
Y el agua siempre en el herir mas cruda,
Temblor envuelto en su furor le envia.
Pero nunca á sus ímpetus desvia
La frente el polvo numeroso, ó duda

Permanecer en su constancia muda,
Por mas que oculto se repare el dia,
Solo ofendiendo el Ponto entre sus iras,
Suspira en el silencio del arena,
Como si alguna vez fuera ofendido:
Tal, Lisi, entre las lágrimas suspiras,
Y el repetido aliento en mi mal suena,
Mudo yo á tu furor y endurecido.

SONETOS MORALES.

I.

Pasa, Tirsis, qual sombra incierta y vana
Este nuestro vivir, y como nieve
Al tibio rayo desvanece en breve,
Todo apacible bien, y gloria humana.
Mira quanto en color, quanto en lozana
Juventud confiar el hombre debe,
¿Si así acabó Medrano en vuelo leve,
Subido ya á la estanza soberana?
Siento tu fin veloz (aunque no incierto
Triste imagino á aquel que nos aguarda)
Solo por no avenirle en pena, en lloro.
Tirsis, dexa este mar, vuelve ya al puerto
La nave, y busca el celestial tesoro,
Que á nos quizá tan triste fin no tarda.

II.

Este que ves, ó huesped, vasto pino,
Util solo á la llama ya en el puerto,
Selva frondosa un tiempo en descubierto
Cielo dió amiga sombra al peregrino.
De la cumbre citoria al ponto vino
Por la mordaz segur el tronco abierto,
Y despues, alta máquina, el incierto
Golfo abrió siempre con hinchado lino.
Vientos, agua sufrió: llegó al aurora,
Veloz nave, rompió luengos caminos,
Y á su patria volvió soberbia y rica.
Mas no firme á sufrir del mar ahora
Los ímpetus, por voto á los marinos
Dioses Castor y Polux se dedica.

III.

Almo, divino sol, que en refulgente
Carro sacas, y escondes siempre el dia
Y otro, y el mismo naces tras la fria
Sombra, que huye la alba luz ardiente.
Pura y cándida Ilitia, que luciente
Eres del cielo honor, si se desvia

El aureo rayo, que tu hermano envia
A tu hermosa faz resplandeciente.
Venid ámbos, venid lustre del cielo
Fáciles á mis ruegos: tu Lucina
Seas blanda á Celia en la cercana hora.
Y, pues, te honra, ó Febo, con divina
Voz, da al infante, quando sienta el yelo
Del ayre, ingenio y dulce voz sonora.

IV.

Este ambicioso mar, que leño alado
Sulcas hoy, pesadumbre peregrina
De fundacion en otra edad divina,
Ha entre soberbias olas sepultado.
Quando se ve ceñido y retirado,
Aparece admirable alta ruina,
Y la llaman ¡ó Manlio! Salmedina,
Que sombra de su nombre aun no ha quedado.
¿Quién creyera, que envidia de grandeza
En lisongero ponto se hallara?
¡O mal segura fe de agua inconstante!
Borró de esta Ciudad la ilustre alteza,
Por dilatarse, como ya borrara
El ancho Imperio, y el poder de Atlante.

V.

Date en que exercitar el sufrimiento,
Y la grandeza de ánimo fortuna;
¿Y desmayas así? ocasion alguna
Menospreciar debieras de tormento.
¿Sabes que es infelice el siempre exênto
De padecer debaxo de la luna,
Que un mal sufrido, y aspereza una
Número da entre Dioses y alto asiento?
Mira cómo del hierro, y la herida
La mal derecha vid orna su frente
Con verde veste, y con purpurea gloria.
Pues la ínclita Sagunto, por sufrida,
Mas que á sus fuertes muros, y á su gente
Debe á la adversidad su alta memoria.

VI.

Manlio, si alguna vez la igualdad mia,
De la fortuna en el mayor aprieto,
Te causó admiracion, verme sujeto
A tan fácil rigor, risa podria.
Pero si sabes bien de valentía,
No engañe lo exterior tu alto concepto,

Que ¿quién sabe si mas violento efecto
Hizo este mal en mí que en otro haria?
Nave, que pudo al mar embravecido
Firme sufrir, y al viento mas airado,
Ya ví perder un arenoso asiento.
Y el vidrio, á luenga edad nunca rendido,
Ni del agua y la llama sojuzgado,
Lo vence y lo consume el blando aliento.

VII.

En vano del incendio que te inflama,
Eternidad presumes, aunque estienda
Su fuerza mas, y el pecho tuyo excienda,
Que fin breve, y veloz tiene quien ama.
Si furioso y violento se derrama
Por tus venas en áspera contienda,
Por mas que el roxo humor se le defienda,
Pasto será de su ambiciosa llama.
No temas, pues, del inconstante y ciego
Vulgo ser habla un poco, que alterado
Subito, como el mar su furia dexa.
Que si soberbio ardor así te aqueja,
Serás en breve al no sonante fuego
En humo y en cenizas desatado.

VIII.

Este mar, que de Atlante se apellida,
En inmensas llanuras estendido,
Que á la tierra amenaza embravecido,
Y ella tiembla á sus olas impelida.
Cubre, Antonio, la parte mas lucida
Del orbe, y yace envuelta en alto olvido:
Vivir el hombre apénas ha podido,
Y fué mayor que el Africa encendida.
En un sol, y una sombra esta grandeza
La agua cubrió: dí ¿y temes alterado
De tus males eterna la aspereza?
¡O quán cerca te juzgo de engañado,
Si imaginas en ánimos firmezas!
Que todo huye qual sombra, ó viento ayrado.

IX.

¿Es esta vez, ó Manlio, la primera
Que sentiste las iras temeroso
Del agua, y del vulturno proceloso,
O que llegaste á ver la muerte fiera?
¿Por qué la frente con la paz severa
Turbas hora con llanto vergonzoso?

De estas olas, y viento impetuoso
En vano acusas la celeste esfera.
Que no ignorabas tú, quan mal seguras
Son del mar las lisonjas, y quan ciertas
A deslizarse sus tranquilas horas.
Llora la humana condicion, si lloras,
Manlio, y que al mar de ayer nunca despiertas
Las mientes, con que hoy mides tus venturas.

X.

Temes en vano al rayo que te ofende,
Ser en polvo, y en humo convertido,
Aunque del pecho tuyo en lo escondido,
Tanto con ambicioso ardor se estiende.
El regalo ¿á quál ánimo defiende?
Antes lo tiene débil y oprimido,
Solo constante te hará, y sufrido
A padecer el fuego, que te enciende.
Como el barro, que diestra mano informa
De la impelida rueda al movimiento,
Apena estable en su primer figura.
Que mientra al agua y viento se conforma
Yace frágil, y firme sufrimiento
Le dé la llama con que eterno dura.

XI.

¿Sabes quán raro bien sigue á las horas,
Y que podrás apénas en el dia
Contar alguno, y la tristeza mia
Ya admiras, y ya culpas y ya lloras?
Engañaste, si piensas que mejoras,
O borras así el mal que el cielo envia:
¿No ves que al sol, como á la sombra fria,
Siempre acompañan penas voladoras?
Juzgó, Manlio, tu mente, que sin duda
El ánimo y el tiempo se mudara,
Si otro el lugar, y si otro el ayre fuera.
Mas ¿qué hizo el que mares mil sulcara,
E incognitas naciones anduviera?
¡Qué el cielo ay, y no el ánimo se muda!

XII.

Vime del adria en la soberbia fiera
El vigor, y el aliento desmayado,
Fuego ya de las olas arrojado,
Soy naufrago despojo en la ribera.
Don Juan, en mi ventura ¿quién creyera
Tan súbita piedad de ponto ayrado?

Temime entre sus iras sepultado,
Y salvo aun tiempo me contemplo fuera.
Colgare humida veste en sacro templo
Al eterno, y comun Señor por voto:
Seré acaso escarmiento al atrevido.
Mas como á mí, inconstante, si al sentido
No asiste en viva imágen para exemplo,
Viento y turbado mar y pino roto.

XIII.

Levanto el cuerpo, que sustento apena,
De esta playa, que el ponto hiere y baña,
Libre ya de los ímpetus y saña,
Que teme y tiembla la azotada arena.
Y miro la agua de piedad agena,
Que entre montes de espuma con extraña
Crueza me volvió, como ahora engaña,
Que mansamente por la playa suena.
Pero yo que me ví en el trance extremo
Tantas veces, y sé quanta distancia
Hay de su alegre á su turbada frente,
Huyo su imágen, aunque vanamente,
Que si conozco su mudanza, temo
Como igual á sus olas mi constancia.

XIV.

No viste, siempre, en firme lazo atadas
La piedad y la fe á la mansedumbre,
Ya en líquida y sonante pesadumbre,
Son con freqüente exemplo desatadas.
Mira quantas Ciudades fabricadas,
Que al cielo amenazaran con su cumbre,
Y arriba fuéron por su excelsa lumbre,
Callan entre la aguas sepultadas.
Este, pues, tan cruel, tan ambicioso
Humor, que lame fiero altas ruinas,
Es fiel, y pio á la tierra un tronco helado;
¡O afectos! ¡ó piedad! que al proceloso
Ponto ilustran tus obras peregrinas,
Y á mí ni aun sombra fria no haya tocado.

XV.

¿Cómo será de vuestro sacro aliento
Depósito, Señor, el barro mio?
Llama á polvo fiar mojado y frio,
Fué dar leve ceniza en guarda al viento.
Que superior, que puro movimiento
Habrá en ardor, á quien el peso impio

De esta tierra mortal apaga el brio,
Y los esfuerzos á su ilustre asiento.
Piedad este encendido soplo aguarda,
Que en mí se halla duramente atado,
Mientra el postrer desmayo se difiere:
Y si entre tanta oposicion dexado
Fuere de vos, mi eterno fin no tarda,
Que un breve fuego, aun sin contrarios muere.

XVI.

Estas ya, de la edad, canas ruinas,
Que aparecen en puntas desiguales,
Fuéron anfiteatro, y son señales
Apénas de sus fábricas divinas.
¡O á quan misero fin, tiempo, destinas
Obras que nos parecen inmortales!
Y temo, y no presumo, que mis males
Así á igual fenecer los encaminas.
A este barro que llama endureciera,
Y blanco polvo humedecido atara:
¡Quanto admiró, y pisó número humano!
Y ya el fausto, y la pompa lisonjera
De pesadumbre tan ilustre y rara
Cubre yerba, y silencio y horror vano.

XVII.

En mi prision, y en mi profunda pena,
Solo el llanto me hace compañía;
Y el horrendo metal, que noche y dia
En torno al pié molestamente suena.
No vine á este rigor por culpa agena,
Yo dexé el ocio y paz en que vivia,
Y corrí al mal, corrí á la llama mia,
Y muero ardiendo en áspera cadena.
Así del manso mar en la llanura
Levantando la frente onda lozana,
La tierra al agua, en que nació prefiere:
Mueve su pompa á la ribera ufana,
Y quanto mas sus cercos apresura,
Rota mas presto en las arenas muere.

XVIII.

No se acredita el dia, ántes se infama
Con la injuria que hace á la belleza;
Húyenos con oculta ligereza,
Y va tras él la mas ilustre llama.
¿Qué breve fin no temerá quien ama?
Clori, la dulce flor, y la pureza

De tus luces y nieve, con presteza
Desvaneció, y enmudeció la fama.
Así en el ayre discurrir lucientes
Ví de la tierra alientos estivales,
Y morir quando mas resplandecientes:
Y así á importunas pluvias celestiales
Formarse en la agua cercos trasparentes,
Sin dexar de su pompa aun las señales.

XIX.

¡Cómo se van la aguas de este rio
Para nunca volver! así los años,
Y solo dexan infalibles daños,
Que reparar, no puede voto pio.
Fundamos esperanzas al estio
Desde el invierno, ¡ó ciego error! ¡ó engaños!
Y nos huyen los tiempos por extraños
Modos, y huye el floreciente brio.
La dulce atrocidad de aquellos ojos,
Ante quien ya perdí color y aliento,
Tras sí la lleva á mas andar el dia.
Vive tú á la opinion de honor sediento,
Que yo al ocio plebeyo viviria,
Si apénas hay de lo que fuí despojos.

XX.

Si mides tu ambicion con tu fortuna,
Miéntras la edad sin detenerse vuela,
Sin causa, Fabio, tu razon desvela,
Que haya á tu suerte oposicion alguna.
En lo interior del orbe de la luna,
No esperes paz al bien que el alma anhela,
Antes, ó Fabio, al sufrimiento vela
Alegre al que contrario lo importuna.
Como la siempre floreciente llama,
Por quien renace, y por quien muere el dia,
Que igual raya en el cielo, y resplandece,
Ya montañas de nubes á porfia
En su mayor oposicion parece,
Que de hermosas luces las inflama.

XXI.

¡Cómo á ser inmortal, Manlio, caminas!
Pues quando el orbe en piezas dividido,
Cae con ímpetu horrendo, y con ruido
Intrépido te hieren sus ruinas.
Emulas, Manlio, son de las divinas
Tus acciones, del número embestido

Ni pasas á sus voces advertido,
Ni á sus injurias aun la frente inclinas.
Así al luciente cerco de la luna,
Rayando en muda noche el Oriente,
Furioso can latiendo va erizado.
Y ella igual y segura, y refulgente
Sube, mal advertida á la importuna
Voz del can simple, en daño suyo airado.

XXII.

¡O rotos leños, y mojado lino,
Horror á la ambicion mas lisonjera,
Que mal fundado error tu luz primera
En la selva turbó robusto pino!
Y tú, atrevida yerba, que camino
A fábrica naval diste en la fiera
Agua, ya por su injuria en la ribera
Eres triste escarmiento al peregrino.
¡O mil veces dichoso el que igual cuenta
Largas horas en ocio entre sus lares,
Superior á vulgares opiniones!
Que ni la suerte envidiará sedienta,
Ni (inútil peso) temerá en los mares
Escudriñar sus íntimas regiones.

XXIII.

Cánsome en fabricar lenta fortuna
Con el error que á los humanos lleva;
Mas la experiencia á mi razon le prueva,
Que igual me ha de seguir la de la cuna.
Esta luz (para mí nunca oportuna)
Solamente en mi daño se renueva;
Ni sé que mas á sus orientes deba,
Que la vez de los casos importuna.
Y estoy ya tan de parte del engaño,
Que fabulosas glorias me propone,
Que accion no acuso de funesta suerte.
Así á sus leyes ambicion dispone
El ánimo, y en tanto errar no advierte
La verdad que le avisa el desengaño.

SILVAS.

I.

A la Rosa.

Pura encendida rosa,
Emula de la llama,
Que sale con el dia,
¿Cómo naces tan llena de alegría,
Si sabes que la edad que te da el cielo,
Es apénas un breve y veloz vuelo?
Y ni valdrán las puntas de tu rama,
Ni tu púrpura hermosa,
A detener un punto
La execucion del hado presurosa.
El mismo cerco alado,
Que estoy viendo riente,
Ya temo amortiguado,
Presto despojo de la llama ardiente.
Para las hojas de tu crespo seno
Te dió amor de sus alas blandas plumas,
Y oro de su cabello dió á tu frente.
¡O fiel imágen suya peregrina!
Bañóte en su color, sangre divina,

De la deidad que diéron las espumas.
¿Y esto, purpúrea flor, y esto no pudo
Hacer ménos violento el rayo agudo?
Robate en una hora,
Robate licencioso su ardimiento
El color y el aliento:
Tiendes aun no las alas abrasadas,
Y ya vuelan al suelo desmayadas:
Tan cerca, tan unida
Está al morir tu vida,
Que dudo si en sus lágrimas la aurora
Mustia tu nacimiento ó muerte llora.

II.

Al Clavel.

A tí, clavel ardiente,
Envidia de la llama y de la aurora,
Miró al nacer mas blandamente Flora:
Color te dió excelente,
Y del año las horas mas suaves.
Quando á la excelsa cumbre de Moncayo
Rompe luciente sol las canas nieves,
Con mas caliente rayo
Tiendes igual las hojas abrasadas;

¿Mas quién sabe, si á Flora el color debes,
Quando debas las horas mas templadas?
Amor, amor sin duda dulcemente
Te bañó de su llama refulgente;
Y te dió el puro aliento soberano,
Que eres, flor encendida;
Pública admiracion de la belleza,
Lustre y ornato á pura y blanca mano,
Y ornato, lustre y vida
Al mas hermoso pelo,
Que corona nevada y tersa frente:
Sola merced de amor, no de suprema
Otra deidad alguna.
¡O flor de alta fortuna!
Quantas veces te miro
Entre los admirables lazos de oro,
Por quien lloro y supiro,
Por quien suspiro y lloro;
En envidia y amor junto me enciendo.
Si forman por la pura nieve y rosa,
Diré mejor por el luciente cielo
Las dulces hebras amoroso velo,
Quedas, clavel, en cárcel amorosa
Con gloria peregrina aprisionado.
Si al dulce labio llegas, que provoca
A suave deleyte al mas helado;

Luego que tu encendido seno toca,
A tu color sangriento
Vuelves ¡ay ó dolor! mas abrasado.
¿Dióte naturaleza sentimiento?
¡O yo dichoso á habérseme negado!
Hable mas de tu olor y de tu fuego
Aquel, á quien envidias de favores,
No alteran el sosiego.

III.

A la Rosa amarilla.

¿Quál suprema piedad, rosa divina,
De alta belleza transformó colores
En tu flor peregrina
Teñida del color de los amores?
Quando en tí floreció el aliento humano,
Sin duda fué soberbio, amante y necio,
Cuidado tuyo y llama,
Y tú descuido suyo y su desprecio:
Diste voces al ayre, fiel en vano.
¡O triste, y quantas veces,
Y quántas ¡ay! tu lengua enmudeciéron
Lágrimas que copiosas la ciñéron!
Mas tal hubo deidad, que conmovida

(Fuese al rigor del amoroso fuego,
O al pio afecto del humilde ruego)
Borró tus luces bellas,
Y apagó de tu incendio las centellas:
Desvaneció la púrpura y la nieve
De tu belleza pura
En corteza y en hojas y astil breve:
El oro solamente,
Que en crespos lazos coronó tu frente,
En igual copia dura,
Sombra de la belleza,
Que pródiga te dió naturaleza.
Para que seas, ó flor resplandeciente,
Exemplo eterno, y solo de amadores,
Sola eterna amarilla entre las flores.

IV.

Al Jazmin.

¡O en pura nieve y púrpura bañado
Jazmin, gloria y honor del cano estío!
¿Quál habrá tan ilustre entre las flores,
Hermosa flor, que competir presuma
Con tu fragante espíritu y colores?
Tuyo es el principado

Entre el copioso número que pinta
Con su pincel y con su varia tinta
El florido verano.
Naciste entre la espuma
De las ondas sonantes,
Que blandas rompe y tiende el Ponto en Chio;
Y quizá te formó suprema mano,
Como á Venus tambien de su rocío:
O si no es rumor vano
La misma blanca diosa de Citera,
Quando del mar salió la vez primera,
Por dó en la espuma el blando pié estampaba
De la playa arenosa,
Albos jazmines daba.
Y de la tersa nieve y de la rosa,
Que el tierno pié ocupaba,
Fiel copia apareció en tan breves hojas.
La dulce flor de su divino aliento
Liberal escondió en su cerco alado:
Hizo inmortal en el verdor tu planta,
El soplo la respeta mas violento,
Que impele vuelto en nieve el cierzo frio,
Y la luz mas flamante,
Que Apolo esparce altivo y arrogante.
Si de suave olor despoja ardiente
La blanca flor divina,

Y amenaza á su cuello y á su frente
Cierta y veloz ruina,
Nunca tan licenciosa se adelanta,
Que al incansable suceder se opone
De la nevada copia,
Que siempre al mayor sol igual florece,
E igual al mayor yelo resplandece.
¡O jazmin glorioso!
Tú solo eres cuidado deleytoso
De la sin par hermosa Citerea,
Y tú tambien su imágen peregrina.
Tu cándida pureza
Es mas de mí estimada,
Por nueva emulacion de la belleza
De la altiva luz mia,
Que por obra sagrada
De la rosada planta de Dione:
A tu excelsa blancura
Admiracion se debe,
Por imitar de su color la nieve,
Y á tus perfiles roxos,
Por emular los cercos de sus ojos.
Quando renace el dia
Fogoso en oriente,
Y con color medroso en occidente,
De la espantable sombra se desvia,

Y el dulce olor te vuelve,
Que apaga el frio, y que el calor resuelve:
Al espíritu tuyo
Ninguno habrá que iguale;
Porque entonces imitas
Al puro olor que de sus labios sale.
¡Oh! corona mis sienes,
Flor, que al olvido de mi luz previenes.

V.

A la Arrebolera.

Tristes horas y pocas
Dió á tu vivir el cielo;
Y tú á su eterna ley mal obediente
A no fáciles iras lo provocas:
Alzas la tierna frente,
(¿Diré en llama ó en púrpura bañada?)
De la gran sombra en el obscuro velo;
Y mústia y encogida y desmayada
Llegas á ver del dia
La blanca luz rosada:
¡Tan poco se desvia
De tu nacer la muerte arrebatada!
Si es, pues, de alto decreto,

Que el tiempo breve de tu edad incluyas
En solo el cerco de una noche fria,
¿Qué te valdrá que huyas
Con ambicioso afecto
De acrecentarle instantes á la vida?
No inquietes atrevida
El cano seno á los profundos mares,
Que por ventura negarán camino
En daño tuyo á tu serrado pino:
Y en vez de la acogida,
Que en las pardas entrañas
Hallaste siempre de la tierra dura,
Hallarás en sus aguas sepultura.
Dime: ¿quál necio ardor te solicita
Por ver de Apolo el refulgente rayo?
¿Qué flor de las que en la larga copia el Mayo
Vierte, su grave incendio no marchita?
¡O, como es error vano
Fatigarse por ver los resplandores
De un ardiente tirano,
Que impio roba á las flores
El lustre y el aliento y los colores!
Y tú admirable y vaga
Dulce honor, y cuidado de la noche,
Si la llama y color el sol se apaga,
¿Quál mayor dicha tuya,

Que el tiempo de tu edad tan veloz huya?
No es mas el luengo curso de los años
Que un espacioso número de daños.
Si vives breves horas,
¡O, quántas glorias tienes!
Tú las divinas sienes
Ciñes de la callada noche obscura,
Y no una vez ofrece á las auroras
La soñolienta Diosa
De tus colores bellos
Tintas para su frente y sus cabellos.
Dexa el mar ambiciosa,
Que por tu errar inmenso y dilatado,
No añadirá fortuna
Hora á tu edad alguna;
Ni por mudar lugar tan apartado,
Que otro sol lo visite y otra luna:
Y pasa en ocio y paz aventurada
De tu vivir el tiempo obscuro y breve,
Esperando aquel último desmayo
A quien tu luz y púrpura se debe.

VI.

Al Verano.

Fonseca, ya las horas
Del invierno aterido,
Aunque tarde, se fuéron,
Y su vez agradable permitiéron
Al céfiro florido.
Ya el verano risueño
Nos descubre su frente,
De rosas y de púrpura ceñido:
Remite el ayre el desabrido ceño,
Y el sol libra sus rayos
De las nubes obscuras;
Y con luces mas vivas y mas puras,
Regalando la nieve
Al blando pie de los parados rios,
Las prisiones de yelo alegre quita,
Y su antiguo correr les solicita.
Viste de yerva el suelo,
Y de verdor lozano
Frentes que desnudara el Cierzo cano:
En la copia de flores que aparece
Por los troncos desnudos,

Que rara y breve hoja cubre apenas,
Esperanzas ofrece
Del rústico al sudor, premio mal cierto,
Bien que sabroso engaño,
De los frutos que espera
En el copioso ramo, y en la era.
La pesadumbre líquida no crece
Con el sudor de los obscuros vientos,
Que ásperos la levantan y remueven
De sus hondos asientos;
Mas antes ya serena y clara gime,
Con el peso de máquinas aladas,
Que su tranquila y lisa frente oprime.
Filomena con voces acordadas,
Se oye sonar en los confusos senos
De ramas intrincadas,
Y en los prados amenos.
¡O, como es el verano
tiempo el mas genial y mas humano
Que otro alguno que da el volver del cielo!
¡O quál número y quánto trae de flores!
¡O quál admiracion en sus colores!
De la imagen de amor, ardiente rosa,
Las encendidas alas
Que fuéron ya de sus espinas galas,
Con el color, con el olor divino

Son lustre y ornamento al blanco lino,
Do al gusto se ministra coronando
La mesa regalada
Y fruta sazonada
Con el puro rocío blanqueando.
Pues ¡quál parece el búcaro sangriento,
De flores esparcido,
Y el cristal Veneciano,
A quien la agua de helada
La tersa frente le dexó empañada!
¿A quál vaga lazada de oro crespo,
A quál púrpura y nieve,
Por do las gracias y el amor se mueve,
No aumentó hermosura peregrina
Alguna flor divina?
¡O florido verano!
Si á mi afecto se debe,
Camina á lento paso;
Dexa el volar, dexa el volar ligero
Para tiempo mas triste y mas severo.
Tú cándido, y suave y blando espira,
Y tarde te retira;
Pero sordo y dificil á mi ruego,
Veloz pasas volando
Al humano linage amonestando,
Viendo las rosas que su aliento cria

Como nacen y mueren en un dia:
Que las humanas cosas,
Quanto con mas belleza resplandecen,
Mas presto desvanecen.
¿Y tú la edad no miras de las rosas?
Arde, Fonseca, en el divino fuego,
Que dulcemente engaña tu cuidado:
Toma exemplo del tiempo, que nos huye,
Y en sus flores de tardos nos arguye,
Y no dexes pasar en ócio un punto;
Que tan excelsa llama
A nueva gloria y resplandor te llama.
¿Y sabes si á este dia claro y puro
Otro podrás contar ledo y seguro,
O si del bello incendio que te apura
Ha de lucir eterna la hermosura?

VII.

A un Pintor que no acertaba á pintar á Apolo en una tabla de laurel.

Manchó el pincel con el color en vano
Para imitar ¡ó Febo! tu figura
En tabla de laurel: ó los colores
No obedecen la mente ni la mano,

O huye tambien, Dafne, tu pintura,
Arbol aun no olvidando tus amores.
Perdió la grana y nieve que solia
Teñir su boca y frente;
El casto afecto no, con que vivia,
Pues aun lo guarda en la corteza dura.
Sí: perdió solamente
El color y hermosura,
Y anima el duro tronco, Dafne esquiva,
En tu desden aun á tu imagen viva.
A la aurora pinté en el horizonte,
Entre inflamadas nubes y distintas
Con puras luces y rosado arreo.
De la Ninfa, que habita el hueco monte
Mentí con los pinceles el deseo,
Cuerpo dando á la voz con varias tintas.
Y tú, Marte soberbio, aunque guerrero,
Contra mí no vibraste el limpio acero;
Porque con los colores te mostrara
Espirando fiereza.
Sola esta virgen prueba su dureza
En mí, porque intentara,
Que leño informe Apolo la abrazara.
Dafne al arte ha vencido:
Venció ya Dafne al arte,
¡O Cintio! culpa es tuya.

¿Do está el arco, do está el divino aliento?
A tan flaco poder mengua es que huya,
Y que de él se remita alguna parte.
Dime: ¿la antigua llama
Con imperio en tu sangre se derrama?
Que el desden solo puede en un rendido.
Ya tu desprecio, y no el del arte siento,
Que si queda sin gloria (ilustre Apolo),
Tú fábula, y sin lustre al mundo solo.

VIII.

A la Tranquilidad.

IMITACION DE HORACIO.

Ocio á los Dioses pide
Pálido, con helada voz é incierta,
El que en mal firme nave
Aspero mira el campo del Egeo:
Y aquel, que apenas con el peso grave
De las armas respira,
Quando el metal horrendo envuelto en humo,
Hierro ó plomo despide;
Y el que entre el fuego y el furor no acierta
A hacer en el ocio de sí empleo,

Lo huelga freqüentar con el deseo.
Yo, pues, ¡quánto me engaño, si presumo
Entre el polvo, que vuelto en llama espira
El hueco bronce, ó entre turbias olas,
Ocio hallar en fragil leño ¡ó Mario!
No venal por la púrpura ni el oro!
En vano me aconsejas que sulquemos
Mares, que en breve ayrados temeremos.
Mas doy que vuelen nuestras naves solas,
No con alas de lino, el Ponto vario,
Y que lleguen al puerto, y las arenas
Ya pisemos de playas peregrinas;
Y doy que luego las profundas minas,
No como siempre, avaras, el tesoro
Nos ofrezcan, que esconden en sus venas,
Por los montes de oro levantados.
¡Ay! que no libra el oro, y la grandeza
Do alborotos la mente,
Ni la region con otro sol caliente.
Daste al agua atrevido y su aspereza,
Y huyes esta patria, este elemento,
Que primero espiraste,
Y en quien primeras lágrimas vertiste.
No huyas, que aunque huyas al abismo,
No podrás de tí mismo;
Y todos los pesares

Que en la tierra tuviste,
Tambien te han de seguir por altos mares.
No dexes por un pino el firme asiento,
Donde mas de una vez el ócio hallaste.
¿Sabes que los cuidados voladores
Suben ligeros, mas que airado viento
A las naves mayores?
Sabeslo, y la codicia
Tu alta razon pervierte.
Mira que la avaricia
A nadie quita la debida muerte,
O le aumenta al vivir un solo dia.
Yo, aunque mas obstinado me aconsejes,
No he de huir de mi nativo suelo;
Y aunque de mí te alejes,
Como dices, á mas benigno cielo,
(Que es lo que mas de tí sentir podria,)
Que ya en segura paz y en descuidado,
Ocio alegre desprecio,
El diverso sentir de vulgo necio,
Sin esperanza alguna
De mas blanda fortuna:
Y aguardo sosegado el dia postrero,
Que verá poco alegre mi heredero.

IX.

A la Constancia.

¿Ves como las riberas permanecen
Firmes, Pacheco, al Ponto embravecido,
Que aunque al horrendo golpe se estremecen
Con el temor quizá del gran ruido,
Despues de roto un mar con igual frente,
Animosas aguardan el siguiente?
Tal juzga mi firmeza,
Aunque cambio semblante
A los golpes del vulgo enfurecido:
Que el ánimo constante
No ostenta su grandeza
En negar á los males sentimiento,
Mas solo en no abatirse á su aspereza.
Armense ciento á ciento
Los que muerden con rabia envidiosa,
Y furiosos en mí su fuerza prueben,
Que en lo adverso constancia se acredita.
¡Oh, exercite yo siempre el sufrimiento
Con frente no marchita!
Que los valientes animos mas deben
A la acerba ocasion, que á la dichosa;

Porque en el daño su valor se aumenta.
Como el estéril campo que acrecienta
Su virtud abrasado,
En incendio sonante y dilatado:
Su vicio se destierra,
Y la copia de frutos producida,
Debe mas á la llama que á la tierra.
¡O, quánto es infelice quien la vida
Breve pasa olvidado!
Siempre igual, quando nace y quando muere,
Yace en alto silencio sepultado.
¡Y quánto aquel dichoso,
Que la comun envidia mereciere!
Pues que vive envidiado, no envidioso,
De quanto bien reparte la fortuna
Debaxo el arco de la blanca luna.
Presente la virtud no resplandece
Como debe, con honra no manchada,
Antes es perseguida y denostada;
Mas descúbrese ausente, y aparece
El puro lustre suyo,
Y entónce aun del contrario es deseada.
Con este fundamento nunca huyo
Miéntras vivo, Pacheco peregrino,
Del enemigo el diente mas agudo;
Ni formó queja alguna

Del mas amigo en mi alabanza mudo.
Que en el último dia
Comenzará á vivir la gloria mia.
Tú, pues, que en la pintura con destreza,
A la naturaleza
Ya vences, y ya igualas;
No temas de enemiga
Pluma, ó de acerva lengua lo que diga:
Que tu nombre divino
El tiempo llevara sobre sus alas,
Y por tu ingenio y arte
Dirá del orbe en la escondida parte,
Nunca en tus alabanzas importuno,
Que ántes te envidia, que te imita alguno.

X.

A la Riqueza.

¡O mal seguro bien! ¡ó cuidadosa
Riqueza, y cómo á sombra de alegria,
Y de sosiego engañas!
El que vela en tu alcance, y se desvia
Del pobre estado, y la quietud dichosa,
Ocio y seguridad pretende en vano.
Pues tras el luengo errar de agua y montañas,

Quando el metal precioso coja á mano,
No ha de ver sin cuidado abrir el dia.
No sin causa los Dioses te escondiéron
En las entrañas de la tierra dura:
¿Mas qué halló difícil y encubierto
La sedienta codicia?
Turbó la paz segura,
Con que en la antigua selva floreciéron
El abeto y el pino,
Y tráxolos al puerto,
Y por campos de mar les dió camino.
Abrióse el mar, y abrióse
Altamente la tierra,
Y saliste del centro al ayre claro,
Hija de la avaricia,
A hacer á los hombres cruda guerra.
Saliste tú, y perdióse
La piedad que no habita en pecho avaro.
Tantos daños, riqueza,
Han venido contigo á los mortales,
Que aun quando nos pagamos á la muerte,
No cesan nuestros males:
Pues el cadáver que acompaña el oro,
O el costoso vestido,
Solo por opulento es perseguido.
Y el último descanso y el reposo,

Que tuviera en pobreza, le es negado,
Siendo de su sepulcro conmovido.
¡A quántos armó el oro de crueza!
¡Y á quántos ha dexado
En el último trance, ó dura suerte!
Pierde su flor la virginal pureza
Por tí, y vése manchado
Con adulterio el lecho no esperado.
Al ménos animoso,
Para que te posea,
Das, riqueza, ardimiento licencioso.
Ninguno hay que se vea
Por tí tan abastado y poderoso,
Que carezca de miedo.
¿Qué cosa habrá de males tan cercada,
Pues ora pretendida, ora alcanzada,
Y aun estando en deseos,
Pena ocultan tus ciegos devaneos?
Pero cansome en vano, decir puedo,
Que si sombras de bien, en tí se vieran,
Los inmortales Dioses te tuvieran.

XI.

A la Pobreza.

Desde el infausto dia,
Que visité con lágrimas primeras,
Me tienes ¡ó pobreza! compañía:
Aunque tan buena, como dicen, fueras,
Por ser tanto de mí comunicada,
Me vinieras á ser menospreciada.
Diré tus males, sin que mucho ahonde
En ellos, que es muy raro
Lo que por glorias tuyas contar puedes;
Tal vez el que en su casa un monte asconde,
De Numidia y de Paro,
En aras y paredes,
Quando entre el blando lino se rodea,
Puesto de los cuidados en el fuego,
Sin conocerte alaba tu sosiego,
Y nunca, aunque lo alaba, lo desea:
Llegas á ser de alguno al fin loada,
Mas de ninguno apénas deseada:
Si eres tú de los males
El que nos trata con mayor crueza,
¿Cómo podrá ninguno codiciarte?

Despues que nació el oro,
Y con él la grandeza,
Murió tu ser, murió tu igual decoro,
En otra edad divino:
Si, por eso, pobreza, en toda parte,
Con enfermo color andas contino.
Con preciosos metales,
Siempre veo levantado
Lo que tienes tú sola derribado.
¿Qué ciudad populosa
Se sabe, que por tí se haya fundado?
¿Qué fuerza inexpugnable y espantosa
Por tí se ha fabricado?
El suave color, la hermosura,
Solo en tu ausencia con su lustre dura.
Píntame la belleza
Mayor que imaginares,
Compuesta de jazmines y de grana,
Si con vestido tuyo la adornares,
Su lustre pierde y gracia soberana;
Pues quando el agro invierno,
Hijo tuyo sin duda,
Que como tú tambien, siempre desnudo,
Roba al bosque el verdor, y lo despoja,
Pobre por tí su frente,
Ni su sombra codicia ya la gente,

Ni sus ramas las aves.
Y si yo vanamente no discierno,
¿Quando armarse pudiéron vastas naves,
Dónde se vió tu sombra?
¿Quándo exércitos gruesos?
El número infinito de sucesos,
Que por tí han avenido ¿á quién no asombra?
Hablen los nunca sepultados huesos,
Que en las playas blanquean,
De tantos, que por falta de sustento
Al mar rindiéron el vital aliento.
¿Quántos has escondido
En los anchos desiertos,
Para que al mal seguro cominante
Asalten encubiertos?
¿O en quántas partes se verá teñido
El campo con la sangre de los muertos?
No hay voz, aunque de hierro, que bastante
Sea á decir los males que acarrean
Duras necesidades.
Los que pobres habitan las Ciudades,
¿Qué afrenta no padecen?
Lo que por sus ingenios mereciéron,
¡O pobreza! por tí lo desmerecen.
¿Qué pobre hubo discreto?
¿Quándo tuvo amistades,

Que aun con pequeño honor correspondiéron?
¿Quando con la pobreza algun respeto
Jamas se tuvo á las tendidas canas,
Que tú de blanca nieve, edad, coloras?
¡O de la humana gente mentes vanas!
No cuideis á despecho
De vuestra pobre y mísera fortuna,
Levantaros al cerco de la luna.
Mirad que quantos hijos van saliendo
Del nunca en vano freqüentado lecho,
Tantos esclavos hoy os van creciendo,
Que ocupeis en mezquina servidumbre,
No sin tormento vuestro, no sin llanto:
¿Qué vale, ó pobres, levantaros tanto?
Mirad que es necio error, necia costumbre
Soltar á la soberbia así la rienda:
Que yo apénas humilde y sin contienda,
Puedo contar en paz algunas horas,
De las que paso en el silencio obscuro,
Olvidado en pobreza, y no seguro.

XII.

* Herviente ardor en los primeros años
Así rigió tu acero,
Que su furor temblaba Marte fiero,
Llorando al mismo tiempo los engaños
De Lais y Flora á Venus obediente.
Luego en edad mas alta y floreciente
Al Britano pirata, al enemigo
Belga, que con ayrada y fuerte mano
Infestaba la paz del Océano,
Fuiste horror y castigo.
Ya fiel á la natura que te llama
Con las Musas al templo de la Fama,
Tan culto el plectro suena,
Que iguala, si no vence tu camena
La de Minturno y Taso,
Y es esplendor del Español Parnaso.
Así lebrel valiente y generoso,
De la ira llevado

* Este fragmento y el siguiente se han sacado del códice donde estan las Poesías y borradores de Rioja. Parecen semejantes á las cosas que él hacia, y por eso los hemos colocado aquí, sin que nos atrevamos asegurar que sean efectivamente suyos.

Indómito y furioso,
Rompe los hierros á que estaba atado.
Y á la primera voz del dueño ausente,
Confuso la prision dura consiente,
Venciendo con leal naturaleza,
La llama juvenil de su fiereza.

XIII.

El fuego que emprendió leves materias
Ligeras y atrevidas,
Quanto fuéron mas fáciles y aerias,
Quanto mas estorbadas y oprimidas,
Tanto con mas espíritu se esfuerza
A levantar en sus ardientes alas
Los palacios augustos,
Y los montes mas altos y robustos.
Mas apénas tonante,
De los cóncavos senos de la mina,
El ayre se arrebata,
Y en círculos de humo se dilata;
Quando no se ve mas que la rüina,
Rotas columnas, y deshechas vasas,
Ceniza, y polvo obscuro
Del alta mole, y del trabado muro.
Impía hazaña, y fiera

Por conseguir el natural intento
Resolver la firmeza al grave asiento
De inmudable montaña:
Impía y atroz hazaña,
Y cruda condicion, dar al deseo
Imperio de tirano,
Y al vano afecto poderosa mano.
No así, vagante llama,
Tiende el cabello sobre antigua selva,
Y rompe y se derrama
Por los hojosos senos, ambiciosa
De conservar su luz maravillosa;
Y esforzada del viento,
Discurre por el bosque á paso lento.
Esplende y arde en el silencio obscuro,
Emula de los astros:
Arde y esplende al rutilante y puro
Cándido aparecer de la mañana,
Y sobra y vence al sol siempre segura.
Abrasadora del verdor del pino
Levanta entre sus ramas
Globos de fuego y máquinas de llamas:
Y en el sólido tronco y mas secreto
Del laurel y el abeto
Estalla y gime y luce,
Nunca del Euro ó Noto escurecida,

Ni de la inmensa pluvia destruida.
Tal en mi pecho inapagable incendio
Eterno se sustenta,
Y tal como violenta
Y vana y leve exhalacion huyéron
Las llamas, Clori, que en tu pecho ardiéron.

CANCION

A las ruinas de Itálica.

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora
Campos de soledad, mustio collado,
Fuéron un tiempo, Itálica famosa.
Aquí de Cipion la vencedora
Colonia fue: por tierra derribado
Yace el temido honor de la espantosa
Muralla, y lastimosa
Reliquia es solamente
De su invencible gente.
Solo quedan memorias funerales,
Donde erráron ya sombras de alto exemplo:
Este llano fue plaza, allí fue templo;
De todo apénas quedan las señales:
Del gymnasio, y las thermas regaladas
Leves vuelan cenizas desdichadas;

Las torres que desprecio al ayre fuéron
A su gran pesadumbre se rindiéron.
Este despedazado anfiteatro,
Impio honor de los Dioses, cuya afrenta
Publica el amarillo xaramago,
Ya reducido á trágico teatro,
¡O fábula del tiempo! representa
Quanta fue su grandeza, y es su estrago.
¿Cómo en el cerco vago
De su desierta arena
El gran pueblo no suena?
¿Dónde, pues fieras hay, está el desnudo
Luchador? ¿Dónde está el atleta fuerte?
Todo despareció; cambió la suerte
Voces alegres en silencio mudo:
Mas aun el tiempo da en estos despojos
Espectáculos fieros á los ojos;
Y miran tan confusos lo presente,
Que voces de dolor el alma siente.
Aquí nació aquel rayo de la guerra,
Gran padre de la patria, honor de España,
Pio, felice, triunfador Trajano,
Ante quien muda se postró la tierra,
Que ve del sol la cuna, y la que baña
El mar tambien vencido gaditano.
Aquí de Elio Adriano,

De Teodosio divino,
De Silio peregrino
Rodáron de marfil y oro las cunas.
Aquí ya de laurel, ya de jazmines
Coronados los viéron los jardines,
Que ahora son zarzales y lagunas.
La casa para el César fabricada,
¡Ay! yace de lagartos vil morada:
Casas, jardines, Césares muriéron,
Y aun las piedras que de ellos se escribiéron.
Fabio, si tú no lloras, pon atenta
La vista en lenguas calles destruidas,
Mira mármoles y arcos destrozados,
Mira estatuas soberbias que violenta,
Nemesis derribó, yacer tendidas,
Y ya en alto silencio sepultados
Sus dueños celebrados.
Así á Troya figuro,
Así á su antiguo muro,
Y á tí, Roma, á quien queda el nombre apénas,
¡O patria de los Dioses y los Reyes!
Y á tí, á quien no valiéron justas leyes,
Fábrica de Minerva, sabia Atenas:
Emulacion ayer de las edades,
Hoy cenizas, hoy vastas soledades:
Que no os respeto el hado, no la muerte,

¡Ay¡ ni por sabia á tí, ni á tí por fuerte.
¿Mas para qué la mente se derrama
En buscar al dolor nuevo argumento?
Basta exemplo menor, basta el presente,
Que aun se ve el humo aquí, se ve la llama,
Aun se oyen llantos hoy, hoy ronco acento;
Tal genio ó religion fuerza la mente
De la vecina gente,
Que refiere admirada,
Que en la noche callada
Una voz triste se oye, que llorando,
Cayó Itálica, dice; y lastimosa
Eco reclama *Itálica* en la hojosa
Selva, que se le opone resonando,
Itálica; y el claro nombre oido
De *Itálica*, renuevan el gemido
Mil sombras nobles de su gran ruina:
¡Tanto aun la pleble á sentimiento inclina! *

* No se ha querido desfigurar esta bellísima Cancion con la última estancia, indigna enteramente de lo demas; y Rioja, ó no la escribió, ó no debió escribirla.

EPISTOLA MORAL.

Fabio, las esperanzas cortesanas
Prisiones son, dó el ambicioso muere,
Y donde al mas activo nacen canas.
El que no las limare ó las rompiere,
Ni el nombre de varon ha merecido,
Ni subir al honor que pretendiere.
El ánimo plebeyo y abatido
Elija en sus intentos temeroso,
Primero estar suspenso que caido:
Que el corazon entero y generoso,
Al caso adverso inclinará la frente,
Antes que la rodilla al poderoso.
Mas triunfos, mas coronas dió al prudente,
Que supo retirarse, la fortuna,
Que al que esperó obstinada y locamente.
Esta invasion terrible é importuna
De contrarios sucesos nos espera,
Desde el primer sollozo de la cuna.
Dexémosla pasar, como á la fiera
Corriente del gran Betis, quando airado
Dilata hasta los montes su ribera.
Aquel entre los héroes es contado,
Que el prémio mereció, no quien le alcanza

Por vanas conseqüencias del Estado.
Peculio propio es ya de la privanza,
Quanto de Astrea fué, quanto regia
Con su temida espada y su balanza.
El oro, la maldad, la tirania
Del iniquo procede, y pasa al bueno;
¿Qué espera la virtud, ó qué confia?
Ven y reposa en el materno seno
De la antigua Romulea, cuyo clima
Te será mas humano y mas sereno.
A donde por lo ménos, quando oprima
Nuestro cuerpo la tierra, dirá alguno,
Blanda le sea, al derramarla encima:
Donde no dexarás la mesa ayuno,
Quando te falte en ella el pece raro,
O quando su pavon nos niegue Juno.
Busca, pues, el sosiego dulce y caro,
Como en la obscura noche del Egeo
Busca el piloto el eminente faro:
Que si acortas y ciñes tu deseo,
Dirás, lo que desprecio he conseguido,
Que la opinion vulgar es devaneo.
Mas precia el ruiseñor su pobre nido,
De pluma y leves pajas, mas sus quejas
En el bosque repuesto y escondido,
Que agradar lisonjero las orejas

De algun Príncipe insigne, aprisionado
En el metal de las doradas rejas.
Triste de aquel, que vive destinado
A esa antigua colonia de los vicios,
Augur de los semblantes del privado.
Cese el ansia y la sed de los oficios;
Que acepta el don, y burla del intento
El ídolo á quien haces sacrificios.
Iguala con la vida el pensamiento,
Y no le pasarás de hoy á mañana,
Ni quizá de un momento á otro momento.
Casi no tienes ni una sombra vana
De nuestra antigua Italica: ¿y esperas?
¡O error perpetuo de la suerte humana!
Las enseñas Grecianas, las banderas
Del Senado, y Romana Monarquía
Muriéron, y pasáron sus carreras.
¿Qué es nuestra vida mas que un breve dia,
Dó apena sale el sol, quando se pierde
En las tinieblas de la noche fria?
¿Qué mas que el heno, á la mañana verde,
Seco á la tarde? ¡ó ciego desvario!
¿Será que de este sueño se recuerde?
¿Será que pueda ver que me desvio
De la vida viviendo, y que está unida
La cauta muerte al simple vivir mio?

Como los rios que en veloz corrida
Se llevan á la mar, tal soy llevado
Al último suspiro de mi vida.

¿De la pasada edad, qué me ha quedado?
¿O qué tengo yo, á dicha, en la que espero,
Sin ninguna noticia de mi hado?

¡O si acabase, viendo como muero,
De aprender á morir, ántes que llegue
Aquel forzoso término postrero!

¡Antes que aquesta mies inútil siegue
De la severa muerte dura mano,
Y á la comun materia se la entregue!

Pasáronse las flores del verano,
El otoño pasó con sus racimos,
Pasó el invierno con sus nieves cano:

Las hojas que en las altas selvas vimos,
Cayéron: ¡y nosotros á porfia
En nuestro engaño inmóviles vivimos!

Temamos al Señor que nos envia
Las espigas del año y la hartura,
Y la temprana pluvia y la tardia.

No imitemos la tierra siempre dura
A las aguas del cielo y al arado,
Ni la vid cuyo fruto no madura.

¿Piensas, acaso, tú que fué criado
El varon para el rayo de la guerra,

Para sulcar el piélago salado,
Para medir el orbe de la tierra,
Y el cerco, donde el sol siempre camina?
¡O! ¡quien así lo entiende, quanto yerra!
Esta nuestra porcion, alta y divina,
A mayores acciones es llamada,
Y en mas nobles objetos se termina.
Así aquella, que al hombre solo es dada,
Sacra razon y pura me despierta,
De esplendor y de rayos coronada;
Y en la fria region dura y desierta
De aqueste pecho enciende nueva llama,
Y la luz vuelve á arder que estaba muerta.
Quiero, Fabio, seguir á quien me llama,
Y callado pasar entre la gente,
Que no afecto los nombres ni la fama.
El soberbio tirano del Oriente,
Que naciza las torres de cien codos
Del cándido metal, puro y luciente,
Apénas puede ya comprar los modos
Del pecar; la virtud es mas barata,
Ella consigo mesma ruega á todos.
Pobre de aquel que corre y se dilata,
Por quantos son los climas y los mares,
Perseguidor del oro y de la plata.
Un ángulo me basta entre mis lares,

Un libro y un amigo, un sueño breve,
Que no perturben deudas ni pesares.
Esto tan solamente es quanto debe
Naturaleza al parco y al discreto,
Y algun manjar comun, honesto y leve.
No, porque así te escribo, hagas conceto,
Que pongo la virtud en exercicio,
Que aun esto fué difícil á Epiteto.
Basta, al que empieza, aborrecer el vicio,
Y el ánimo enseñar á ser modesto,
Despues le será el cielo mas propicio.
Despreciar el deleyte no es supuesto
De sólida virtud, que aun el vicioso
En sí propio le nota de molesto.
Mas no podrás negarme quan forzoso
Este camino sea al alto asiento,
Morada de la paz y del reposo.
No sazona la fruta en un momento
Aquella inteligencia, que mensura
La duracion de todo á su talento:
Flor la vimos primero, hermosa y pura,
Luego materia acerba y desabrida,
Y perfecta despues, dulce y madura.
Tal la humana prudencia, es bien que mida,
Y dispense y comparta las acciones,
Que han de ser compañeras de la vida.

No quiera Dios que imite estos varones,
Que moran nuestras plazas macilentos,
De la virtud infames histriones:
Esos inmundos, trágicos, atentos
Al aplauso comun, cuyas entrañas
Son infaustos y obscuros monumentos.
¡Quán callada, que pasa las montañas
El aura respirando mansamente!
¡Qué gárrula y sonante por las cañas!
¡Qué muda la virtud por el prudente!
¡Qué redundante y llena de ruido
Por el vano, ambicioso y aparente!
Quiero imitar al pueblo en el vestido,
En las costumbres solo á los mejores,
Sin presumir de roto y mal ceñido.
No resplandezca el oro y los colores
En nuestro trage, ni tampoco sea
Igual al de los dóricos cantores.
Una mediana vida yo posea,
Un estilo comun y moderado,
Que no lo note nadie que lo vea.
En el plebeyo barro mal tostado,
Hubo ya quien bebió tan ambicioso,
Como en el vaso Murino preciado:
Y alguno tan ilustre y generoso,
Que usó, como si fuera plata neta,

Del cristal transparente y luminoso.
¿Sin la templaza viste tú perfecta
Alguna cosa? ¡ó muerte! ven callada,
Como sueles venir en la saeta.
No en la tonante máquina preñada
De fuego y de rumor, que no es mi puerta
De doblados metales fabricada.
Así, Fabio, me muestra descubierta
Su esencia la verdad, y mi albedrio
Con ella se compone y se concierta.
No te burles de ver quanto confio,
Ni al arte de decir vana y pomposa
El ardor atribuyas de este brio.
¿Es por ventura menos poderosa,
Que el vicio, la virtud? ¿es menos fuerte?
No la arguyas de fiaca y temerosa.
La codicia en las manos de la suerte
Se arroja al mar; la ira á las espadas,
Y la ambicion se rie de la muerte:
¿Y no serán siquiera tan osadas
Las opuestas acciones, si las miro
De mas ilustres genios ayudadas?
Ya dulce amigo, huyo y me retiro
De quanto simple amé: rompí los lazos:
Ven y verás al alto fin que aspiro,
Antes que el tiempo muera en nuestros brazos.

EGLOGA VENATORIA

DE FERNANDO DE HERRERA.

De aljaba y arco, tú Diana armada,
Que por el monte umbroso y extendido
Fatigas á las fieras presurosa,
Huye del alto Ladmo desdichada,
Donde tu cazador duerme ascondido;
Que ya otra cazadora mas hermosa
Persigue impetuosa
Al jabalí espumoso y enojado;
Que ya otra mas hermosa cazadora
Al ciervo sigue ahora.
Si Endimion la viere, tu cuidado,
Venciendo de la fiera la braveza,
Te dexará por ella con tristeza.
A Endimion no dexes tú, Diana,
Queda con él, no siga al amor mio.
Tu amor, Endimion, esté contigo;
En la callada noche, en la mañana,
Al sol ardiente, al importuno frio
Mi dulce cazadora esté conmigo.
Este bosque es testigo,
Quantas veces la llamo, y busco en vano;

La aurora me oye sola sin su amante,
Y se ofrece delante,
Quando espera las fieras en lo llano,
Suspira ella su amor, yo lloro el mio,
Si al monte mira, yo á mi valle y rio.
Hermosa cazadora, que has llevado
Del frio bosque mi herido pecho,
Con el cabello de oro suelto al viento,
Y de flores y rosas coronado:
¿Eres Napea de este valle estrecho,
Que alcanza con ligero movimiento
Al javalí sediento,
Y del ciervo la planta voladora?
Que tu paso, tu voz y tu belleza,
Mas que mortal grandeza
Descubre á tu Menalio que te adora:
Tal va Cintia con trage soberano,
Y enciende en fuego al amador Silvano.
¿Qué Dios, ó Clearista, te ha ofrecido
A mis ojos, corriendo yo una fiera
Sin cuidado de amor, y vista luego
Te me llevó, dexándome perdido;
Porque en llama inmortal ardiendo muera?
De tus luces probó el tirano ciego
Con mi daño su fuego;
Mas tú habites el bosque obscuro y prado,

O la tendida selva de este rio,
Jamas del pecho mio
Se apartará el amor que me ha abrasado;
El bosque y prado del amor testigo,
A amarte aprenderá tambien conmigo.
O la ligera garza levantando
Mire al alcon veloce y atrevido,
O espere al javalí cerdoso y fiero,
O la aura entre los árboles gozando,
Con silencio y voz muda en lo ascondido
Del pecho, solo lloraré primero
El dolor en que muero.
Sin tí el feroz caballo, el rayo ardiente
Del imitado trueno, y la sabrosa
Caza me es enojosa,
Pues tú me dexas mísero y doliente:
Todo me agradará, y será mi gloria
Si vuelves, y de mí tienes memoria.
¿Por qué huyes, y quieres que sin lumbre
En estas breñas muera con tormento,
Y no miras tu amante que te llama?
Baxa de esa fragosa y alta cumbre,
Que segun el ruido grave siento
Por entre una y otra espesa rama,
Que las hojas derrama,
Un feroz javalí se ha recogido:

Con el arco en la blanca y tierna mano
Baxa, que antes que al llano
Llegues, atravesado y extendido
De mi venablo y muerto, la espumosa
Cabeza llevarás victoriosa.
No fies, Clearista, en tu belleza,
Que vendrá el dia en que las hebras de oro
Mude la edad ligera en blanca plata,
Antes muera que vea tu tristeza.
¿Mas para qué suspiro triste y lloro,
Por quien á mis querellas es ingrata?
Si tu dureza mata,
A quien te sigue, aquel que te aborrece,
¿Qué pena habrá que iguale con su culpa?
¿Pero quién no te culpa,
Pues sigo solo el mal que se me ofrece?
Suspenso en el amor y en el deseo,
Al fin doy en un ciego devaneo.
Mas vos, amores roxos, dulcemente
Dexad las ondas claras de Citera,
Y á mi Ninfa herid con vuestra llama;
Que su hermosa flor perder no siente
Sin fruto, inútil en la edad primera.
Y tú, Latonia, pues amor te inflama,
Quando el monte te llama
Por el dormido amante, y ya el tormento

Conoces del amor; si he venerado
Tus aras, y colgado
Del jabalí terrible y violento
La alta frente, y del ciervo la ramosa,
Muéstrate á mis dolores piadosa.
Si contigo viviera, Ninfa mia,
En esta selva, tu sutil cabello
Adornara de rosas, y cogiera
Las frutas varias en el nuevo dia;
Las blancas plumas del gallardo cuello
De la garza ofreciendo, y te traxera
De la silvestre fiera
Los despojos, contigo recostado,
Y en la sombra cantando tu belleza;
Y en la verde corteza
De la frondosa encina, mi cuidado
Entendiendo conmigo lo leyeras,
Y sobre mí las flores esparcieras.
¡Ah quántas veces entre aqueste juego
A tu cuello los brazos rodeara!
Y en tus ojos mis ojos encendiendo,
Quando mas descuidada de mi fuego
A tu boca el espíritu robara,
Mi espíritu en el tuyo convirtiendo,
Dulcemente muriendo;
Esto preciara mas que ver el vuelo

Del halcon, mas que dar de un golpe muerte
Al javali mas fuerte,
O alcanzar por el ancho y largo suelo
Junto al agua herido, y sin aliento
El ciervo, que atrás dexa el presto viento.
No dudes, ven conmigo Ninfa mia,
Yo no soy feo, aunque mi altiva frente
No se muestra á la tuya semejante,
Mas tengo amor y fuerza y osadía,
Y tengo parecer de hombre valiente,
Que al cazador conviene este semblante
Robusto y arrogante:
Iremos á la fuente, al dulce frio,
Y en blando sueño puestos al ruido
Del murmurio esparcido
Del agua, tú en mis brazos, amor mio,
Y yo en los tuyos blancos y hermosos,
A los Faunos haria invidiosos.
Mas si te agrada, y ¡ó! ¡si te agradase!
Ven conmigo á esta sombra, do resuena
La aura en los ciclamores revestidos
De yedra, do se vió jamas que entrase
Alzado el sol con luz ardiente y llena;
Aquí hay álamos verdes y crecidos,
Y los pobos floridos,
Y el fresco prado riega la alta fuente

Con murmurio suave y sosegado,
Aquí el tiempo templado
Te convida á huir el sol caliente:
Ven Clearista, ven ya Ninfa mia,
Este prado te llama, y fuente fria.

VERSOS

DE DON JUAN DE ARGUIJO.

SONETO I.

Dido y Eneas.

De la Fenisa Reyna importunado
El Teucro huesped le contaba el duro
Estrago, que asoló el Troyano muro,
Y echó por tierra el Ilion sagrado.
Contaba la traicion, y no esperado
Engaño de Sinon falso y perjuro,
El derramado fuego, el humo obscuro,
Y Anquises en sus hombros reservado.
Contó la tempestad, que embravecida
Causó á sus naves lamentable daño,
Y de Juno el rigor no satisfecho:
Y mientras Dido escucha enternecida
Las Griegas armas y el incendio extraño,
Otro nuevo y mayor le abrasa el pecho.

II.

Troya.

El que soberbio á no temer se atreve
La fuerza oculta del violento hado,
Y en alegre fortuna confiado
De los Dioses creyó el aplauso leve;
Exemplo tome de mi gloria breve,
En cuyo fin dexó el Egipcio armado
El turbio Nilo, y vino el Scita osado,
Que el puro Tanais y el Oronta bebe.
Troya fui, de los Dioses obra ilustre,
Honor del Asia hermosa, rica y fuerte,
Madre de Reynos, y del mundo espanto.
Cayó mi gloria, y de su antiguo lustre
Solo han quedado (¡ó miserable suerte!)
Cenizas viles, y afrentoso llanto.

III.

La Constancia.

Aunque en soberbias olas se revuelva
El mar, y conmovida en sus cimientos

Gima la tierra, y los contrarios vientos
Talen la cumbre en la robusta selva;
Aunque la ciega confusion envuelva
En discordia mortal los elementos,
Y con nuevas señales y portentos
La máquina estrellada se disuelva;
No desfallece, ni se ve oprimido
Del varon fuerte el corazon constante,
Que su mal como ageno considera:
Y en la mayor adversidad sufrido
La ayrada suerte con igual semblante
Mira seguro, y alentado espera.

IV.

A Baco.

A tí de alegres vides coronado
Baco, gran padre domador de Oriente,
He de cantar, á tí que blandamente
Tiemplas la fuerza del mayor cuidado:
Ora castigues á Licurgo ayrado,
O á Penteo en tus aras insolente;
Ora te mire la festiva gente
En sus convites dulce y regalado.
O ya de tu Ariadna al alto asiento

Subas ufano la mortal corona;
Ven fácil, ven humano al canto mio:
Que si no desmerezco el sacro aliento,
Mi voz quebrantará la opuesta zona,
Y al Tibre inundará el Hispalio rio.

V.

A la muerte de Ciceron.

Deten un poco la cobarde espada,
Cruel Popilio ingrato, y considera
La injusta empresa que á tu brazo espera,
Y largos siglos ha de ser llorada.
¿Posible es que se ve tu mano armada
Contra el gran Tulio, á quien librar debiera
En igual recompensa de la fiera
Muerte, á tu ingratitud recomendada?
¡O quán poco aprovecha la memoria
Del recibido bien, que al obstinado
Ninguna cosa de su error le muda!
Deciende el golpe sobre la alta gloria
De la latina lengua, derribado,
Dexa el valor, y la eloqüencia muda.

VI.

Júpiter á Ganimedes.

No temas ¡ó bellísimo Troyano!
Viendo que arrebatado en nuevo vuelo
Con corvas uñas te levanta al cielo
La feroz ave por el ayre vano.
¿Nunca has oido el nombre soberano
Del alto Olimpo? ¿la piedad y el zelo
De Júpiter, que da la pluvia al suelo,
Y arma con rayos la tonante mano,
A cuyas sacras aras humillado
Gruesos toros ofrece el Teucro en Ida,
Implorando remedio á sus querellas?
El mismo soy, no al Aguila eres dado
En despojo; mi amor te trae, olvida
Tu amada Troya, y sube á las estrellas.

VII.

Psique á Cupido.

A tu divina frente (ó poderoso
Niño) una venda con trabajo y arte

Texí de oro y colores, donde parte
Dibuxé de tu triunfo glorioso:
En ella se ve atado al vitorioso
Carro el gran Febo que la luz reparte,
Preso Mercurio, encadenado Marte,
Y Vulcano con muestras de zeloso.
No se pudo librar con las Reales
Insignias Jove, mal pudiera Psique
Resistir si á estos ríndes la fiereza:
Agravan mi prision mayores males,
Pues es fuerza que á un niño sacrifique
Mi firme amor, y á un ciego mi belleza.

VIII.

Del Tiempo.

Mira con quanta priesa se desvia
De nosotros el sol al mar vecino,
Y aprovecha, Fernando, en tu camino
La luz pequeña de este breve dia,
Antes que en tenebrosa noche fria
Pierdas la senda, y de buscarla el tino,
Y aventurado en manos del destino
Vagues errando por incierta via.
Hágante agenos casos enseñado,

Y el miserable fin de tantos pueda
Con fuerte exemplo apercibir tu olvido.
Larga carrera, plazo limitado
Tienes, veloz el tiempo corre, y queda
Solo el dolor de haberlo mal perdido.

IX.

Al Guadalquivir en una avenida.

Tú, á quien ofrece el apartado Polo,
(Hasta donde tu nombre se dilata)
Preciosos dones de luciente plata,
Que invidia el rico Tajo y el Pactolo;
Para cuya corona, como á solo
Rey de los rios entretexe y ata
Palas su oliva con la rama ingrata,
Que contempla en tus márgenes Apolo;
Claro Guadalquivir, si impetuoso
Con crespas ondas y mayor corriente
Cubrieres nuestros campos mal seguros;
De la mejor Ciudad por quien famoso
Alzas igual al mar la altiva frente,
Respeta humilde los antiguos muros.

X.

De la astuta Licori á los umbrales
Te vió saliendo el sol, ó Fabio amigo,
Creció en su luz el dia, y fué testigo
De tu lamento y quejas desiguales.
Oyó tambien el Hespero tus males,
La blanca luna se dolió contigo,
Mas el ingrato dueño, tu enemigo,
Ni aun de corta piedad mostró señales.
¿Quál otro galardon en tal porfia
Inútil yedra de su puerta esperas?
¿Hasta quando tu propio engaño adoras?
Huye la fiera Circe y cruel Harpia,
Que alegre en ver que por su causa mueras,
Riyendo está lo mismo que tú lloras.

XI.

Venus en la muerte de Adonis.

Despues que en tierno llanto desordena
Citerea la voz por el violento
Fin de su Adonis, y con triste acento
El bosque Idalio á su dolor resuena,

Y en flor sobre el acanto y azucena
Hermosa, trueca el mísero y sangriento
Jóven, modera el grave sentimiento,
Y el ímpetu á sus lágrimas enfrena:
Y no hallando en su tristeza medio,
Vuelve al usado ornato, y reflorece
Del ya sereno rostro la luz pura:
Así el pesar con la razon descrece
Desesperado el bien: que tal vez cura
A un grande mal la falta de remedio.

XII.

Las Estaciones.

Vierte alegre la copia en que atesora
Bienes la primavera, da colores
Al campo, y esperanza á los pastores
Del premio de su fe la bella Flora:
Pasa ligero el sol á donde mora
El cancro abrasador, que en sus ardores
Destruye campos y marchita flores,
Y el orbe de su lustre descolora.
Sigue el humedo otoño, cuya puerta
Adornar Baco de sus dones quiere,
Luego el invierno en su rigor se extrema.

¡O variedad comun! ¡mudanza cierta!
¿Quién habrá que en sus males no te espere?
¿Quién habrá que en sus bienes no te tema?

XIII.

Apolo á Dafne.

Victorioso laurel, Dafnes esquiva,
En cuyas verdes hojas la memoria
De tu rigor, y de mi triste historia
Quiere el amor que eternamente viva:
La antigua palma y abundante oliva,
A tí de hoy mas inclinarán su gloria;
Tú ceñirás en premio de vitoria
Del fuerte vencedor la frente altiva.
Dixo el burlado Cintio, y á la dura
Corteza asido la contempla, y luego
Repite: ¡Dafne fiera! ¡mármol frio!
Del rayo ardiente vivirás segura,
Que no es bien que consienta ageno fuego,
Quien pudo resistir al fuego mio.

XIV.

Sisifo.

Sube gimiendo con mortal fatiga
El grave peso que en sus hombros lleva
Sisifo al alto monte, y quando prueba
Pisar la cumbre, á mayor mal se obliga.
Cae el fiero peñasco, y la enemiga
Suerte cruel su nuevo afan renueva;
Vuelve otra vez á la dificil prueba,
Sin que de su trabajo el fin consiga.
No iguala aquella á la desdicha mia;
Pues algun tiempo alivia en su tormento
Los hombros á tal carga desiguales.
Sufro peso mayor con tal porfia,
Que un punto no perdona al pensamiento
La importuna memoria de mis males.

XV.

Lucrecia.

Baña llorando el ofendido lecho
De Colatino la consorte amada,

Y en la tirana fuerza disculpada,
Si no la voluntad castiga el hecho.
Rompe con hierro agudo el casto pecho,
Y abre camino al alma, que indignada
Baxa á la obscura sombra, do vengada
Aun duda si su agravio ha satisfecho.
Venció al paterno llanto endurecida,
Y de su esposo el ruego, que no basta,
Menospreció con un fatal desvío.
Ceda el debido honor la dulce vida,
Que no es bien, dixo, que otra menos casta
Ose vivir con el exemplo mio.

XVI.

Casandra.

Quando en horror medroso, y ciego espanto,
Por los Teucros discurre Alecto ayrada,
Y el ímpio acero de la Griega espada
Hace crecer con Frigia sangre el Xanto;
Entre los gritos y confuso llanto
De la mísera gente descuidada,
Alza la voz Casandra, arrebatada
De profético aliento y furor santo:
En tus cenizas (dice) ¡ó patria cara!

Se guarda el fuego, cuya llama ardiente
Hará costosa á Grecia esta vitoria:
Otra renacerá de tí mas clara,
Troya, por quien tu nombre eternamente
Vuelva á vivir en mas dichosa historia.

XVII.

La Avaricia.

Castiga el cielo á Tantalo inhumano
Que en ímpia mesa su rigor provoca,
Medir queriendo en competencia loca
Saber divino con engaño humano:
Agua en las aguas busca, y con la mano
El árbol fugitivo casi toca;
Huye el copioso Eridano á su boca,
Y en vez de fruta aprieta el ayre vano.
Tú que espantado de su pena admiras,
Que el cercano manjar en largo ayuno
Al gusto falte y á la vista sobre:
¿Cómo de muchos Tantalos no miras
Exemplo igual? y si codicias uno,
Mira el avaro en sus riquezas pobre.

XVIII.

Ulises.

El Griego vencedor que tantos años
Vió contra sí constante la fortuna,
El que pudo, sagaz de la importuna
Circe, vencer los mágicos engaños;
El que en nuevas regiones, y en extraños
Mares, temer no supo vez alguna;
El que baxando á la infernal laguna
Libre volvió de los eternos daños;
Los ojos cubre, y cierra los oidos
De las sirenas á la vista y canto,
Y se manda ligar á un mástil duro:
Y negando el objeto los sentidos,
La engañosa belleza y fuerte encanto
Huyendo vence, y corta el mar seguro.

XIX.

Piramo.

Tú de la noche, gloria y ornamento,
Errante luna, que oyes mis querellas,

Y vosotras clarísimas estrellas
Luciente honor del alto firmamento;
Pues ha subido allá de mi lamento
El son, y de mi fuego las centellas;
Sienta vuestra piedad ¡ó luces bellas!
Si la merece mi amoroso intento.
Esto diciendo dexa el patrio muro
El desdichado Píramo, y de Nino
Parte al sepulcro, donde Tisbe espera:
¡Pronóstico infeliz! ¡presagio duro
De infaustas bodas! si ordenó el destino,
Que un túmulo por tálamo escogiera.

XX.

Al mismo asunto.

El triste fin, la suerte infortunada
(Ageno premio de la fe constante)
Del uno y otro miserable amante,
A quien perdió una noche y una espada,
Oculta en sombra obscura esta labrada
Piedra: tú peregrino caminante,
Repara el grave caso, y con semblante
Pio suspende el curso á tu jornada.
Que darás tiernas lágrimas no dudo

A estas cenizas, donde aun dura ardiente
El fuego, en que cayó desdicha tanta:
Debida compasion al mal que pudo
Mudar color en la cercana fuente,
Y el de su fruto en la insensible planta.

XXI.

Artemisa.

Labra Artemisa el grande mausoleo,
Que los altos pirámides afrenta
Del Egipcio soberbio, y no contenta
Busca á su ilustre fe mayor trofeo.
Del tierno y casto pecho en nuevo empleo
Hacer sepulcro al nuevo esposo intenta,
Cuyas cenizas de su amor sedienta
Bebe con ansias de inmortal deseo.
En vano, dice, pretendió la muerte
De tí, dulce Mausolo, dividirme,
Y en largo olvido sepultar tu gloria.
Que de su injuria puede defenderte
Mi pecho mas que el bronce y mármol firme,
Y eternizar mi amor y tu memoria.

XXII.

Ariadna.

¿A quién me quejaré del cruel engaño,
Arboles mudos, en mi triste duelo?
¡Sordo mar! ¡tierra extraña! ¡nuevo cielo!
¡Fingido amor! ¡costoso desengaño!
Huye el pérfido autor de tanto daño,
Y quedo sola en peregrino suelo,
Dó no espero á mis lágrimas consuelo,
Pues no permite alivio mal tamaño.
Dioses, si entre vosotros hizo alguno
De un desamor ingrato amarga prueba,
Vengadme os ruego del traidor Theseo.
Tal se quejaba Ariadna en importuno
Lamento al cielo, y entre tanto lleva
El mar su llanto, el viento su deseo.

XXIII.

Narciso.

Crece el insano amor, crece el engaño
Del que en las aguas vió su imágen bella,

Y él, sola causa en su mortal querella,
Busca el remedio y acrecienta el daño:
Vuelve á verse en la fuente (¡caso extraño!)
Del agua sale el fuego, mas en ella
Templarlo piensa, y la enemiga estrella
Sus ojos cierra al fragil desengaño.
Falleciéron las fuerzas y el sentido
Al ciego amante amado, que á su suerte
La costosa beldad cayó rendida:
Y ahora en flor purpurea convertida
La agua qué fué principio de su muerte,
Hace que crezca, y prueba á darle vida.

XXIV.

Orfeo.

Desiertas selvas, monte yerto y frio,
Rodope que en el cielo tocar osas,
Vosotras de Estrimon ondas hermosas,
A quien vencer presume el llanto mio:
Sereis testigos largo tiempo, fio
De mi dolor, y quejas lastimosas
Que en vano esparzo al ayre, y con piadosas
Voces al Rey del lago obscuro envio.
Así cantando llora el Tracio amante,

Y á sus blandos acentos enmudece
El viento, y la agua su corriente enfrena.
Y enternecidas truecan el semblante
Las fieras, ¡corto alivio! mientras crece
Del ya perdido bien la justa pena.

XXV.

Al mismo.

A tí en los versos dulce y numeroso,
O primer padre de la lira Orfeo,
Lloró por largo tiempo de Nereo,
Quanto contiene el término espacioso.
A tí lloró Estrimon, á tí el fragoso
Rodope y altas cumbres de Pangeo,
A tí las Ninfas del sagrado Alfeo,
Obligadas del canto generoso.
Tus divididos miembros, no estimados
Del Bacanal furor, que osadamente
Los esparció por el ingrato suelo;
Como á precioso don en sus sagrados
Senos Ebro recoge, y la prudente
Cabeza Lesbos, y la lira el cielo.

XXVI.

Andrómeda y Perseo.

Expuesta en firme escollo al mar insano
La no culpada hija de Cefeo,
Mueve á piedad el Reyno de Nereo,
Remedio á su dolor pidiendo en vano.
Quando rompiendo el ayre con liviano
Vuelo se muestra el vencedor Perseo,
Que con el gran despojo Meduseo
Orna glorioso la triunfante mano.
De la doncella el llanto y la hermosura
Enviáron á un tiempo al pecho fuerte
De lástima y amor agudas flechas:
Del mar la libra, y de la bestia dura;
Trocando en vida la temida muerte,
Y en nupciales cantares las endechas.

XXVII.

La Tempestad y la Calma.

Yo ví del roxo sol la luz serena
Turbarse, y que en un punto desfallece

Su alegre faz, y en torno se obscurece
El cielo con tiniebla de horror llena:
El austro proceloso airado suena,
Crece su furia, y la tormenta crece,
Y en los hombros de Atlante se estremece
El alto Olimpo, y con espanto truena.
Mas luego ví romperse el negro velo
Desecho en agua, y á su luz primera
Restituirse alegre el claro dia;
Y de nuevo explendor ornado el cielo
Miré, y dixe, ¿quién sabe si le espera
Igual mudanza á la fortuna mia?

XXVIII.

La recaida.

Otras dos veces del furioso Noto
Probé las iras en el mar turbado,
Y no volver jamas á tal estado
Arrepentido prometí y devoto.
De la desecha xarcia y leño roto,
Dí los despojos al altar sagrado;
Y apenas pisé el puerto deseado,
Quando olvidé el peligro y rompí el voto.
Y ahora que continua y fiera lucha

Mar y vientos se esfuerzan en mi daño,
Y sus enojos aplacar porfio;
Mis sordas voces sin piedad escucha
El justo cielo ¡ó inútil desengaño!
¡Quán tarde llegas al remedio mio!

XXIX.

Horacio Cocles.

Con prodigioso exemplo de osadia
Un hombre miro en el Romano puente,
Resistir solo de la Etrusca gente
El grueso campo que pasar porfia.
Ni la enemiga fuerza le desvia,
Ni de su vida el cierto fin presente,
Que su valor dexar no le consiente
La difícil empresa en que insistia.
Oigo del roto puente el son fragoso,
Quando al Tibre el varon se precipita
Armado, y sale de él con nueva gloria;
Y al mismo punto escucho del gozoso
Pueblo las voces que aclamando grita,
Viva Horacio, de Horacio es la vitoria.

CANCION

En la fiesta que la Ciudad de Xerez hizo á los Mártires Eutichio y Estéban.

Celebra ufana el venturoso dia,
¡O Cesarea Ciudad! en que levantas
A divinos honores la memoria
De aquellos sacros Heroes por quien cantas,
Llena de pio afecto y alegria,
Los ínclitos trofeos y alta gloria:
Y con clara victoria
Contra el olvido avaro, que pretende
Sus nombres esconder, sus nombres lleva,
Y con ellos tu fama á la mas nueva
Region, por donde el mar su curso extiende,
Y en quanto de su luz Febo enriquece
Del roxo Toro el argentado pece.

Las suntuosas aras, que dedicas
A los nuevos Patronos, ya obligados
De tu amor noble y generoso zelo,
Ornen á su firmeza dedicados
Claros diamantes, esmeraldas ricas,
Y el safiro que imita al puro cielo.

Ante el devoto suelo
Tiendan sus hojas los olivos sacros,
Humíllense las palmas vitoriosas:
Blancos jazmines, encendidas rosas
Coronen sus ilustres simulacros,
Y el mas precioso olor entre el incienso
Pague á los ayres agradable censo.

Plectro dorado en acordada lira,
Resuene dulcemente los gloriosos
Hechos que exceden al valor humano:
Blandas canciones, versos numerosos,
Que del sagrado monte Cintio inspira
Canten aquel esfuerzo soberano,
Que al soberbio tirano
Burló de sus intentos la esperanza.
Y tú, divina Euterpe, pues segura
Con tu favor á tanto se aventura
Mi voz esfuerza, que á subir no alcanza
Loca osadía, si á tan alto empleo
Es desigual la lira y voz de Orfeo.

Mas enfrene mi vuelo en su carrera
La memoria del jóven imprudente,
Y flacas alás en su mal rendidas:
Vosotros que de Betis dignamente

Ilustrais, blancos cisnes, la ribera,
Alzad las voces largo espacio oidas;
Cantad las ofrecidas
Víctimas al cuchillo, el zelo ardiente,
Religiosa piedad, y fe sincera
De Honorio, Eutichîo, Esteban: ved que espera
Vuestras canciones la festiva gente:
Suene, suene el dulcísimo contento,
Que enfrena el agua, y enmudece al viento.

Qual canta el triste fin y estrago de Asta,
De Asta cruel las míseras ruinas,
Fabricas, templos, máquinas desechas:
Los Reales alcazares, la vasta
Mole de sus murallas peregrinas,
Inútil polvo, y vil ceniza hechas.
Y las tristes endechas
Trueque anunciando venturosa suerte
A tí, Xerez, que alegre te apercibes
A la celebridad con que recibes
Los hijos, á quien Asta dió la muerte.
Honor, felicidad, corona ilustre
Te pronostique con eterno lustre.

Qual celébre el afecto poderoso,
Y al devoto espectáculo presentes

Junte en grata concordia las edades:
Diga como sus diestras las lucientes
Antorchas ornan, como ante el precioso
Altar con nuevo exemplo á las Ciudades
Rendidas voluntades,
Entre espléndidos dones sacrifican,
Y con humilde ruego confiados
El firme patrocinio á sus cuidados
Como remedio mas seguro aplican:
Y vos, lumbres clarísimas del cielo,
Mirad propicias el Vandalio suelo.

Huya medroso el esquadron de males,
Que furioso amenaza, y asegure
Tan alta proteccion nuestro deseo:
La dulce paz eternos años dure,
Ofrezcan ya con manos liberales
Copiosos frutos Ceres y Lieo;
Por sus ondas Nereo,
Seguro paso muestre al conducido
Tesoro que el Americo apartado
A nuestras playas rinde, y el nombrado
Guadalete perdiendo de su olvido,
El nombre de este dia, y de su gloria
Conserve eternamente la memoria.

Epístola.

Aquí, donde el rigor del hado mísero
Me conduce á vivir entre los árboles,
Léjos á mi pesar de los domésticos
Lares, mi pensamiento melancólico
Corre á veces por sendas tan difíciles,
Llenas de espinas y de abrojos ásperos,
De ponzoñosas y revueltas víboras,
Que acobardan el paso al mas intrépido:
Donde no encuentra sino casos flébiles,
Historias tristes, y sucesos trágicos,
Que causan la memoria. Como Sísifo
La grave carga del peñasco hórrido,
Discurre por su mal con priesa súbita,
Que excede el curso del ligero Hipómenes;
Y ve de males un inmenso número:
Mas como no descubre fin ni límite
Del incierto viage, teme viéndose
De desventuras en un ancho piélago,
Y arrepentido busca otros mas fáciles
Caminos, que le vuelvan al pacífico
Puerto, de do partiera tan imprόvido.

Mas tarde lo procura, y un exército

De daños hace á su demanda obstáculo:
Hoy con duros martirios, como en Líppara
La membruda quadrilla de los Cálibes,
Le combaten con una fuerza indómita,
Y le deshacen en pequeños atómos.
Otras veces levanto el flaco espíritu
Al corto arrimo de consuelos débiles,
Y á mí mismo me engaño, prometiéndome
Como si fuese cierto un fin fantástico,
Y sobre tanto mal sucesos prósperos,
Una salud segura, y tiempos fértiles:
Pues no da lluvias siempre el austro húmedo,
Que tal vez se convierte en blando zéfiro;
Y el fiero mar que amenazó colérico
Al cielo con sus ondas, reprimiéndolas
Serena sesgo sus cristales plácidos,
Y ofrece paso á la ambicion hidrópica.

¿Mas qué aprovechan esperanzas frágiles
Con que me alienta el mentiroso oráculo
De la imaginacion con falsa máscara,
Que á sus bienes soñados, como fábula,
Quiere que preste entendimiento crédulo?
Salgo de aqueste error, y qual frenético
Al tema usado vuelvo, y de propósito
Hago segunda vez nuevo catálogo.

¿Quál gente vió jamas de la pretérita
Edad, desde do vive el Scita frigido
Hasta do quema el sol á los Etiopes,
De desventuras tan crecido cúmulo?
¿Quándo tan fiero se mostró el beligero
Marte, vestido de acerada túnica,
Como despues que del furor Británico
Se vió ofendida la ribera Bética
Con gruesas naves que sostiene el Támesis?
¿En qué siglo se viéron los maléficos
Planetas á la vida tan opósitos?
¿O quándo mas apriesa de Proserpina
Pobló los tenebrosos Regnos Atropos?
¿Qué bien nos queda, ó quál infausto género
De males no acrecienta justas lágrimas?

Entre estos pensamientos tan inútiles,
Por dar si puedo algun alivio al ánimo,
Determiné escribiros esta epístola
Con el divino aliento de Melpomene,
Que inspira las camenas elegiacas:
Perdonadme si en vez de alegre plática
Os entristece mi afligido cántico;
Que no permite el tiempo versos líricos:
Este el exórdió fué, y este el epílogo
Tambien habrá de ser de mis esdrújulos.

Digo, pues, que el rigor del mal pestífero
Muestra en esta Ciudad su fuerza indomita,
Con no menor estrago que vió Nápoles
En nuestra edad, cuya ruina insólita
Aun no ha acabado de llorar Parténope.
¿Pero qué fuerza oculta de malévolas
Estrellas hiere á las Ciudades ínclitas
Con semejante plaga castigándolas?
Qual en su daño ve la region Bélgica,
Y de la antigua Grecia la Metrópolis,
Y la que mira el fin del Tajo aurífero,
A quien hizo famosa el Señor de Itaca.
Mas sobre todas de este suelo Vándalo
La mejor parte con dolor legítimo,
(Poderoso á mover en las Eumenides
Del no visto contagio nueva lástima)
Confusa atiende de sus hijos únicos
El grave mal y enfermedad mortífera,
Sin que les pueda socorrer la Física.

Discurren presurosos con Tesífone
Sus dos hermanas de la muerte pálida,
Fieros Ministros, y su ardiente cólera
Hace mil suertes en robustos jóvenes,
En tiernos niños, y en hermosas vírgenes,
Sin reservar la senectud flemática,

Que todos son sus obedientes súbditos.
Baten la humilde casa del mecánico,
Y con igual denuedo los alcázares,
Y aun desprecian la estimada púrpura,
Como el tosco sayal y vasto cáñamo:
Y hacen en medio de las plazas públicas
Los despojos del mal (duro espectáculo)
Que aun á los Nobles no permite Némesis
La pompa funeral y honroso túmulo.
Todo es suspiros y dolor acérrimo,
Y de llanto materia abundantísima.

Bien predixéron esto los Astrólogos
Atentos á mirar el curso rápido
De ayrados auros, y la madre próvida
Naturaleza con señales lúgubres
No se abstuvo en mostrar el daño próximo.
Largo tiempo corriéron vientos Africos,
Que del vapor confuso y nubes tétricas
Pobláron la region del ayre lúcido.
Armó de rayos el Tonante Júpiter
La fuerte diestra, y con estruendo horrísono
Hizo temblar ayrado el orbe esférico,
Y al peso estremecióse el hombro Atlántico,
Bramó Orion, y las llorosas Hiadas,
Que la Ciudad volviéron largo Occéano.

Salió soberbio el Betis por sus márgenes,
Y acometió á romper la fuerte fábrica,
Que ciñe en torno el edificio de Hércules.
Resonó por el ayre en son tristísimo
El endechoso canto de aves fúnebres;
Y el pico anunciador, y los murciélagos
Infaustos discurriéron como atónitos
Dexando sus nocturnas casas lóbregas,
Sin extrañar el resplandor olímpico.
Y las fieras que habitan en las cóncavas
Cavernas de los montes, y las rústicas
Y humildes chozas se volviéron pávidas.
Y ahora el sol de los planetas Príncipe,
Su luz vital á los mortales pródiga
Doliente nos la muestra escasa y trémula,
Y al levantarse del dorado tálamo
Parece que rehusa del Zodiaco
La sabida carrera; y los alígeros
Caballos con un paso lento y tímido
Del carro tiran la luciente máquina:
Triste portento, que llegando á Géminis
Su alegre faz nos representa túrbida,
Como si viera en el Diciembre rígido
Del Capricornio las estancias húmidas.

Tal canta quien se vió del campo Tésalo

En el contorno y extendidos términos
El heroyco escritor de la Farsálica:
Ni á tí, Ciudad antigua del gran Príamo,
Sobre quien se mostró la fuerza Argólica,
Faltó en su acerbo fin igual pronóstico.
Mas ¡ay dolor cruel! que quando el ímpetu
De males que amenazan el fin último,
Debiera á cada qual de su propósito
Reducir con razon á mejor método;
Con loco frenesí se están inmóviles,
Sin sentimiento, duros mas que mármoles,
Y tan soberbios como el alto Lívano,
Se prometen vivir años nestóricos,
Siguiendo de sus gustos falsos ídolos.

¡Dichoso vos que del antigua Iléberis
Gozais los campos, y vistosos cármenes
Aventajados al Romano Tívoli,
Y mas de estima que los huertos Pénsiles
Con que á la Babilonia ornó Semíramis!
Veis correr del Genil el agua líquida,
Que del nevado risco despeñándose
Al canto se acomoda de los páxaros
Con apacible y no aprendida música.
Y retirado del bullicio y tráfago
Gastais el tiempo en los estudios útiles:

Vuestra suerte gozad con beneplácito
Del cielo que se os muestra tan benévolo,
Y no olvideis á quien por justo título
Debeis amor y voluntad recíproca.

SILVA

A la Vihuela.

En vano os apercibo,
Dulce instrumento mio,
Si templar mi dolor con vos pretendo;
Y la grandeza de mi mal ofendo,
Si alentado confio,
Que pueda el corto alivio que recibo
Con vuestro blando acento,
De mi antiguo tormento
En la memoria introducir olvido.
O como en vano tanto bien os pido;
¿Sois por ventura la famosa Lira
Del que al mar arrojado
Supo aplacar su ira?
¿O la que pudo en número acordado
Ceñir de muro á Tebas? ¿sois acaso
Aquel plectro divino,
Que por nuevo camino

A las ondas Estigias halló paso,
Para baxar seguro
De la infelice gente al Reyno obscuro?

Mayor hazaña fuera
Suspender mi dolor y pena fiera:
Respondereis, que no desprecie ahora
La antigua compañía,
Que en soledad tan larga me habeis hecho,
Ya quando huye de la noche el dia,
O ya quando el aurora
Le anuncia, y dexa de Titan el lecho:
O quando el sol en la mitad del cielo
Piadoso de mi mal oye mi duelo.
El comun beneficio
De la dulce armonía
Alegareis, y aquel piadoso oficio
Con que á sufrir esfuerza
Su cautiverio aquel, su prision este:
Apenas hay trabajo, á quien no preste
Algun alivio: el que con remo á fuerza
Hiere la blanca espuma,
Su desventura suma
Cuida olvidar, y al son de la cadena
Cantando intenta mitigar su pena.
Así lo experimento

En medio de mis males,
¡O suave instrumento!
Pero cuéstanme caro alivios tales;
Quando el discurso un rato suspendido,
Con el grato sonido
Cobra para afligirme fuerza nueva
Con que despues mis lágrimas renueva.
Y de la amarga historia
Mi enemiga memoria
Vuelve al usado empleo,
Y relucha mas fuerte como Anteo.
Ya me tiene enseñado
La continua miseria de mi estado,
Que es socorro engañoso, corto y leve
El que me dais, y que admitir no debe
La música sonora,
Quien sus desdichas sin remedio llora.

Traduccion de unos versos de San Gregorio Nacianceno.

Fácil al blando ruego,
Y en vil precio obligada
A ser víctima impura de amor ciego,
Codiciosa ramera,
Corria apresurada

A los profanos lares
Del impúdico jóven que la espera.
Mas apenas pisó de la primera
Puerta el umbral, quando ocupó sus ojos
La imágen venerable, y fue trasunto
Del grande Palemon, que al mismo punto
Con eficaz modestia (bien que mudo)
Sin culpa usurpar pudo,
Y usurpándole á Venus los despojos
Enfrenó el libre pasto,
Reprimió el torpe afecto,
Venció al ardor lascivo.
¡Qué otro mayor efecto
Esperarse debiera,
Si presente le viera,
Si le mirara vivo!

FRAGMENTOS

SOBRE EL ARTE DE PINTAR.

DE PABLO DE CESPEDES.

Mueve el alma un deseo que la inclina
A seguir desigual atrevimiento:
Ardor que nos parece ser divina
Inspiracion de pretendido intento:
Si el desierto vigor donde se afina,
En mí avivase el fugitivo aliento,
Diria al artificio soberano
Sin par, dó llegar pudo estudio humano.

. . . . . .

Qual principio conviene á la noble arte
Del dibuxo, que él solo representa
Con vivas líneas que redobla y parte,
Quanto el ayre, la tierra y mar sustenta,
El concierto de músculos, y parte
Que á la invencion las fuerzas acrecienta
El bello colorido, y los mejores
Modos con que florece, y los colores.

. . . . . .

Comenzaré de aquí: Pintor del mundo,

Que del confuso caos tenebroso
Sacaste en el primero y el segundo
Hasta el último dia del reposo
A luz la faz alegre del profundo;
Y el celestial asiento luminoso,
Con tanto resplandor y hermosura,
De varia, y perfectísima pintura,

Con que tan léjos del concierto humano
Se adorna el cielo de purpureas tintas,
Y el traslucido esmalte soberano
Con inflamadas luces y distintas:
Muestras tu diestra y poderosa mano,
Quando con tanta maravilla pintas
Los grandes signos del Etereo claustro,
De la parte del Elice y del Austro;

Al ufano pavon alas, y falda
De oro bordaste, y de matiz divino,
Do vive el rosicler, do la esmeralda
Reluce, y el zafiro alegre y fino:
Al fiero pardo la listada espalda,
La piel al tigre en modo peregrino;
Y la tierra amenísima que esmalta
El lirio y rosa, el amaranto y calta.

Todo fiero animal por tí vestido
Va diverso en color del vario velo:
Todo volante género atrevido,
Que al ayre, y niebla hiende en presto vuelo:
Los que cortan el mar, y el que tendido
Su cuerpo arrastra en el materno suelo.
De tí mi inculto ingenio, enfermo y poco,
Fuerzas alcance, yo á tí solo invoco.

De la formacion del hombre.

Un mundo en breve forma reducido,
Propio retrato de la mente eterna,
Hizo Dios, que es el hombre, ya escogido
Morador de su regia sempiterna;
Y el aura simple de inmortal sentido
Inspiró dentro en la mansion interna,
Que la parte exterior avive, y mueva
Los miembros frios de la imágen nueva.

Vistióle de una ropa que compuso,
En extremo bien hecha y ajustada,
De un color hermosísimo, confuso,
Que entre blanco se muestre colorada;
Como si alguno entre azucenas puso
La rosa en bella confusion mezclada,

O del Indio marfil trasflora, y pinta
La limpia tez con la Sidonia tinta.

De la duracion de la tinta.

Una ampolla de vidrio cristalina,
Que el perfecto barniz guarde, distinta
De otra dó se conserva, y dó se afina
Olio con que mas cómoda se pinta:
Con estas otras, que á la par destina
A la letra, y dibuxo obscura tinta,
De caparrosa hecha, agalla y goma,
Con el licor que da la fertil Soma.

Tiene la eternidad ilustre asiento
En este humor por siglos infinitos:
No en el oro, ó el bronce, ni ornamento
Pario, ni en los colores exquisitos:
La vaga fama con robusto aliento
En él esparce los sonoros gritos,
Con que celebra las famosas lides,
Desde la India á la Ciudad de Alcides.

¿Qué fuera (si bien fué segura estrella,
Y el hado en su favor constante y cierto)
Con la soberbia sepultura bella

De las cenizas del esposo muerto
La magnánima Reyna, si en aquella
Noche obscura de olvido y desconcierto
La tinta la dexára, y los colores
De versos y eruditos escritores?

Los soberbios alcázares alzados
En los latinos montes hasta el cielo:
Anfiteatros, y arcos levantados
De poderosa mano y noble zelo,
Por tierra desparcidos, y asolados
Son polvo ya que cubre el yermo suelo:
De su grandeza apenas la memoria
Vive, y el nombre de pasada gloria.

De Priamo infelice solo un dia
Deshizo el Reyno tan temido y fuerte:
Crece la inculta yerba do crecia
La gran Ciudad, gobierno y alta suerte:
Viene espantosa con igual porfia
A los hombres y mármoles la muerte:
Llega el fin postrimero, y el olvido
Cubre en obscuro seno quanto ha sido.

Todo se anega en el estigio lago,
Oro esquivo, nobleza, ilustres hechos:

El ancho Imperio de la gran Cartago
Tuvo su fin con los soberbios techos:
Sus fuertes muros de espantoso estrago
Sepultados encierra en sí y desechos
El espacioso puerto, donde suena
Ahora el mar en la desierta arena.

Espantoso su nombre fue, espantoso
El hierro agudo á la Ciudad de Marte:
Ella lo sabe, y Trasimeno ondoso,
Que en su sangre hervio de parte á parte:
Caverna ahora del leon velloso,
Do Aspe sorda y Cerasta se reparte,
A do no humano acento, mas bramidos
De fieras resonantes son oidos.

Vos sentisteis tambien ménos amigos,
Los tristes hados con discurso extraño,
No tanto por los golpes enemigos,
Mas por vuestro valor ó último daño,
¡O Numancia! ¡o Sagunto! que testigos
Ahora sois de humano desengaño:
Caisteis; mas quitó vuestra venganza
Al vencedor la palma y la esperanza:

¡Qué si el tiempo, y la edad hambrienta lleva

Las peñas enriscadas y subidas,
El fiero diente, y su crueza ceba
De piedras arrancadas y esparcidas:
Las altas torres con extraña prueba
Al tiempo rinden las eternas vidas:
Hiéndese, y abre el duro lado en tanto
El mármol liso, el simulacro santo!

Del gran Señor la omnipotente mano,
Que las ruedas formó del ancho mundo,
Y quanto adorna el pavimento humano
Y el mar, y quanto esconde en el profundo,
No vemos que refrena, ó va á la mano
De la natura el gran poder segundo:
Pues todo quanto á luz sacar le place
Acaba, y con morir su curso hace.

¿Quántas obras la tierra avara esconde,
Que ya ceniza y polvo las contemplo?
¿Dónde el bronce labrado y oro? ¿y dónde
Atrios, y gradas del Asirio Templo,
Al qual de otro gran Rey nunca responde
De alta memoria peregrino exemplo?
Solo el decoro que el ingenio adquiere
Se libra del morir, ó se difiere.

No creo que otro fuese el sacro rio,
Que al vencedor Aquiles y ligero,
Le hizo el cuerpo con fatal rocío,
Impenetrable al homicida acero,
Que aquella trompa y sonoro brio
Del claro verso del eterno Homero,
Que viviendo en la boca de la gente
Ataja de los siglos la corriente.

Como se opuso con igual aliento
El verso grande de Maron divino,
Quando con paso audaz de ilustre intento
Del aura eternidad halló el camino:
Puso en el trono del purpureo asiento
La noble tinta del Poeta Andino
Al magnánimo Eneas; no el inico
Pasage, y la creciente de Numico.

Principios para adestrar la mano.

Primero romperás lo menos duro
Deste arte poco á poco conquistando:
Procura un órden, por el qual seguro
Por sus términos vayas caminando:
Comienza de un perfil sencillo y puro,
Por los ojos y partes figurando

La faz; ni me desplugo deste modo
Un tiempo linear el cuerpo todo.

Un dia, y otro dia, y el contino
Trabajo hace practico y despierto;
Y despues que tendrás seguro el tino,
Con el estilo firme y pulso cierto,
No cures atajar luengo camino;
Ni por allí te engañe cerca el puerto:
Vedan que el deseado fin consigas
Pereza y confianzas enemigas.

Así la universal naturaleza,
Quantos produce al esplendor del cielo,
No primero los arma de firmeza,
Ni con osado pié huellan el suelo:
Que el sabor de la leche la terneza
Funda, y condensa en el corporeo velo;
Y como va creciendo el alimento,
Refuerza con igual mantenimiento.

Hasta que ya crecida allega al punto
Adulta edad de mas perfecto estado:
El sustento dispone, y dalo junto
Al cuerpo, y al vigor acomodado:
No quieras adornar mas tu trasunto

De lo que conviniere al primer grado,
Que quanto mas en él te detuvieres,
Irás mas pronto al otro á que subieres.

Ya que el aura segunda de la suerte
Descubre en tu favor felice agüero,
No puede segun esto sucederte
Ménos el resto que el sudor primero:
Por ende con ahinco anteponerte
Pretende entre los otros delantero,
Llevando siempre, y vencerás, por guia
La libre obstinacion de tu porfia.

La elegancia, y la suerte graciosa
Con que el diseño sube al sumo grado,
No pienses descubrirla en otra cosa,
Aunque industria acrecientes y cuidado,
Que en aquella excelente obra espantosa,
Mayor de quantas se han jamas pintado,
Que hizo el Bonarrota de su mano
Divina, en el Etrusco Baticano.

Qual nuevo Prometeo en alto vuelo
Alzándose extendió las alas tanto,
Que puesto encima el estrellado cielo
Una parte alcanzó del fuego santo,

Con que tornando enriquecido al suelo,
Con nueva maravilla, y nuevo espanto
Dió vida con eternos resplandores
A mármoles, á bronces, á colores.

Era perpetua noche y sombra obscura
La ignorancia que tanto ocupa y tiene,
Quando con llama relumbrante, y pura
Esta luz clara se aparece y viene:
Vistióse de no vista hermosura
El siglo inculto y rudo, á quien conviene
Con título vencer debido y justo,
La fortunada edad del grande Augusto.

¡O mas que mortal hombre, Angel divino!
¿O quál te nombraré? no humano cierto
Es tu ser, que del cerco impireo vino
Al estilo, y pincel vida y concierto:
Tú mostraste á los hombres el camino
Por mil edades escondido, incierto
De la reyna virtud: á tí se debe
Honra, que en cierto dia el sol renueve.

De la proporcion de los hombres.

Y aunque en la proporcion generalmente,

De los antiguos muchos defiriéron,
Una intento seguir, la mas corriente
Que en las mayores obras eligiéron;
Yo la ví, y observé en aquella fuente
De perenne saber, de do saliéron
Nobles memorias de valiente mano,
Que ornan la alta Tarpeya y Baticano.

Del alto de la frente, do el cabello
Se comienza á espesar obscurecido,
Hasta donde adornado de su bello
El perfil de la barba es mas crecido,
Y do mas baxo se avecina al cuello,
En tres partes iguales dividido,
La medida será con que midieres
Grande ó pequeña imágen que hicieres.

De la proporcion de los animales.

El estudio, no menos, y el cuidado
Que pusiste en humanas proporciones,
A qualquier animal representado
Aplicarás por partes y razones:
Al corzo ligerísimo, al venado;
Pero en particular á los leones
Con fuerte garra, y con lanudas crines,
Y cierta ley de rigurosos fines.

El hermoso lebrel, el crudo alano
Pintado, ser de grande ornato bello:
El jabalí espantoso, el tigre hircano,
Y otros en grande número que callo;
Mas sobre todos ten siempre á la mano
El bizarro dibuxo del caballo,
Con que tanto enriquece la pintura,
El aliento, el caudal y la hermosura.

Pintura de un caballo.

Muchos hay que la fama ilustre y nombre,
Por estudio mas alto enobleciera
Con obras famosísimas, do el hombre
Explica el artificio y la manera:
Solo el caballo les dará renombre
Y gloria en la presente y venidera
Edad, pasando del dibuxo esquivo
A descubrirnos quanto muestra el vivo.

Que parezca en el ayre y movimiento
La generosa raza do ha venido
Salga con altivez y atrevimiento
Vivo en la vista, en la cerviz erguido:
Estribe firme el brazo en duro asiento
Con el pié resonante y atrevido,

Animoso, insolente, libre, ufano,
Sin temer el horror de estruendo vano:

Brioso el alto cuello y enarcado,
Con la cabeza descarnada y viva:
Llenas las cuencas, ancho y dilatado
El bello espacio de la frente altiva:
Breve el vientre rollizo, no pesado
Ni caido de lados, y que aviva
Los ojos eminentes: las orejas
Altas sin derramarlas, y parejas.

Bulla hinchado el fervoroso pecho
Con los músculos fuertes y carnosos:
Hondo el canal dividirá derecho
Los gruesos quartos limpios y hermosos:
Llena el anca y crecida, largo el trecho
De la cola, y cabellos desdeñosos:
Ancho el hueso del brazo, y descarnado:
El casco negro, liso y acopado.

Parezca que desdeña ser postrero,
Si acaso caminando, ignora puente
Se le opone al encuentro; y delantero
Preceda á todo el esquadron siguiente:
Seguro, osado, denodado y fiero,

No dude de arrojarse á la corriente
Raudal, que con las ondas retorcidas
Resuena en las riberas combatidas.

Si de lejos al arma dió el aliento
Ronco la trompa militar de Marte,
De repente estremece un movimiento
Los miembros, sin parar en una parte:
Crece el resuello, y recogido el viento
Por la abierta nariz ardiendo parte:
Arroja por el cuello levantado
El cerdoso cabello al diestro lado.

Tal las sueltas madejas extendidas
De la fiera cerviz, con fiero asalto
Quando con los relinchos encendidas
El ayre, y blanca nieve á Pelio alto,
Las matas mas cerradas esparcidas
Al vago viento igual de salto en salto,
En el encuentro de su Ninfa bella,
Saturno volador delante della.

Tal el gallardo Cilaro iba en suma,
Y los de Marte atróz iban y tales:
Fuego espiraba la albicánte espuma,
De los sangrientos frenos y bozales:

Tal con el tremolar de Libia pluma,
Volaban por los campos desiguales
Con animos, y pechos varoniles
Las del carro feroz del grande Aquiles;

A los quales excede en hermosura
El cisne volador del Señor mio:
Que la vitoria cierta se asegura
De otro qualquiera en gentileza y brio:
Va delante á la nieve helada, y pura
En color, y en correr al auro frio;
Y á quantos en su verso culto admira
La ronca voz de la Pelasga lira.

Salve, gran madre, á quien dichoso parto
Digno engrandece de corona y cetro;
Cuyo esplendor se extiende, y cree harto
Mas vivo y puro que el diurno Eletro;
Rendido el Persa, el Agareno y Parto,
A su valor con sonoroso pletro,
Si: el suelo tiene aún quien venza y quiebre
De Esmirna y Roma el presumir celebre.

Quales en torno el carro levantado
De uncidos ferocísimos leones,
Van al abrigo del materno lado

De estrellas los ardientes esquadrones:
No menor gozo tienta el pecho amado
Ver tú salir de tí tales varones,
Cuya virtud, qual el celeste fuego
Reluce, y mas el gran Marques de Priego.

Este, por quien de gloria coronada
Viste de eterno honor mil ornamentos
Córdoba, de laureles adornada,
Y de palma sus altos fundamentos.
Luz de su ilustre patria, levantada
Encima á qualesquier merecimientos;
Y es bien razon que en serlo della sea
De quanto alumbra el sol, y el mar rodea.

Y si tú, grave cítara, pretendes
Seguir este subido heroyco intento,
Y el valor celebrar donde te enciendes
Tanto, y alzar tu voz al claro asiento;
No consienten tus fuerzas lo que emprendes,
Que pocas son, y el ya cansado aliento:
Vuelve, vuelve y conoce la carrera,
Que ya tomaste á preseguir primera.

De la Perspectiva.

Si enseñarte pudiese los conceptos
Escritos, y la voz presente y viva,
Los primores abriera, y los rectos
Que encierra en sí la docta Perspectiva:
Como extendidos por el ayre, y rectos
Los rayos salen de la vista esquiva;
Como al término llegan de su intento,
Do paran como en basa y fundamento.

Osaré confesar que alguna parte
El continuo trabajo alcanzar puede,
Por gastar largo tiempo en aquesta arte,
Y la esperanza audaz, que al fin sucede,
De mirar donde acaba, y donde parte
El corte de las líneas, y do quede
Señalado el escorzo con certeza
En breve forma, y con mayor belleza.

Del Escorzo.

Acórtase por esto, y se retira
El perfil que á los miembros ciñe y parte,
Y asimismo escondiéndose á la mira,

Y desmiente á la vista una gran parte,
Donde una gracia se descubre, y mira
Tan alta que parece que allí el arte,
O no alcanza de corta, ó se adelanta
Sobre todo artificio, ó se levanta.

Esto llaman Escorzo introducido,
Que en la habla comun se entienda y nombre:
De tierras extrangeras conducido
Traxo con la arte misma el mismo nombre:
Ora pues, ni el trabajo conocido
Tal vez te haga acobardar ni asombre,
Ni la dificultad severa pueda
Romperte el paso á la sublime rueda.

La pintura de Alexandro por Apeles.

¿Qué diré de la tabla que desvia
El fulminante brazo y los colores?
Vivo parece, y viva fuerza envia
Al golpe entre fingidos resplandores,
Al qual se rindió el Asia, y la porfia
De los Partos huyendo vencedores:
¿Y la pintura tan subida y nueva,
Que con relinchos su caballo aprueba?

De la Quadrícula.

Bien hay donde extender la blanca vela
Por ancho campo, donde el fin es cierto,
Y traer mil preceptos, que la escuela
Tuvo de los antiguos y el concierto;
Mas mientras la intencion mas se desvela,
Mas cerca pide el deseado puerto:
Con todo, descubrir el fin se debe
Del camino mas fácil y mas breve.

Y para mayor luz sabrás que hay una
Industria con que muchos han obrado;
Y acudiendo el favor en la fortuna,
Y el suceso al estudio y al cuidado:
Sus pinturas ilustres una á una
Las colocáron en tan alto grado,
Tan firmes que la fuerza no ha podido
Del tiempo obscurecerlos, ni el olvido.

Harás de quatro listas bien labradas,
Que entre sí puedan encajarse un quadro:
Y por iguales trechos señaladas,
A la redonda sean del requadro:
De señal á señal atravesadas

Vayan las ebras á encontrarse en quadro:
Qual el vario ajedrez suele mostrarse,
Y de ébano y marfil diferenciarse.

Pondrás como quisieres la figura
En tabla, ó en papel representarla,
En la qual se descubre en la escultura
Un movimiento vivo en que mirarla:
De suerte la acomoda en la postura,
Que habrás despues con tintas de pintarla,
Si aspira el noble pecho á la alta gloria,
Que da de siglo á siglo la memoria.

El ya dicho instrumento en medio puesto
De esta figura, y de tu opuesta vista,
La membrana ó papel tendrás dispuesto,
Do tu dibuxo con razon consista:
Un trazo subas por derecho enhiesto,
Y corta por traves la ciega lista
Con otros tantos quadros y señales,
Todas al justo, ó todas desiguales;

Y luego mirarás por donde pasa
Cierto el contorno de la bella idea,
De rincon en rincon, de casa en casa,
De aquella red que contrapuesta sea:

A tus quadrados los perfiles casa
Con obscura ematiste, do se vea
El escorzo tan justo con efeto,
Igual en todo al imitado objeto.

De la imitacion de la naturaleza.

Y pues ya sale y resplandece, y dora
Con belleza de luz de nuevo dia
El cielo obscuro la florida aurora,
Y alza la faz rosada la aura fria,
A vos llamo, y á vos convoco ahora,
Ilustre y animosa compañía,
Que conmigo entendido aquella parte
Habeis de los principios de aquesta arte.

¿Mas qué me canso de pintar, si al vivo
Desfallece el matiz, y apenas llega?
¿Si con humilde ingenio lo que escribo
Mal el verso declara, ó mal despliega?
Del natural pretende alto motivo
Seguir que á solo estudio no se entrega:
Del natural recoge los despojos
De lo que pueden alcanzar sus ojos.

Busca en el natural, y (si supieres

Buscarlo) hallarás quanto buscares:
No te canse mirarlo, y lo que vieres
Conserva en los diseños que sacares:
En la honrosa ocasion y menesteres
Te alegrará el provecho que hallares;
Y con vivos colores resucita
El vivo que el pincel, é ingenio imita.

No me atrevo á decir, ni me prometo
Todas las bellas partes requeridas
Hallarse de continuo en un sugeto,
Todas veces sin falta recogidas:
Aunque las cria sin ningun defeto
(A todas en belleza preferidas)
Naturaleza, tú entresaca el modo,
Y de partes perfectas haz un todo.

De las imágenes de la fantasia.

En el silencio obscuro su belleza
Desnuda de afectadas fantasías,
Le descubre al pintor naturaleza
Por tantos modos, y por tantas vias,
Para que el arte atienda á su lindeza
Con nuevo ardor, quando en las cumbres frias
La luna embiste blanca y en cabello
Al pastorcillo desdeñoso y bello.

Las frescas espeluncas escondidas
De arboredos silvestres y sombrios:
Los sacros bosques, selvas extendidas,
Entre corrientes de cerúleos rios:
Vivos lagos, y perlas esparcidas
Entre esmeraldas, y jacintos frios
Contemple, y la memoria entretenida
De varias cosas quede enriquecida.

Prediccion de sí mismo.

Si dispusiese el soberano cielo,
Cuyo imperio corrige, y ley gobierna
Quanto á luz manifiesta el ancho suelo,
Y el estado mortal siguiendo alterna,
Que despues que dé vuelta el leve vuelo
Del tiempo que consume, y desgobierna
Quanto produce, y cria el universo,
Viviese la memoria de mi verso:

Será quizá que entre otros desvaríos,
En que dan los que aquesta humana senda
Huellan, mirase en los precetos mios
Uno que alzarse á la virtud pretenda;
Y añadiendo al cuidado nuevos brios,
Levantar á su antiguo honor emprenda

Esta arte ya perdida y desechada,
Sin honra en el olvido sepultada.

¿Cómo? ¿no puede ser? un tiempo estuvo
(Y pasáron mil años) escondida,
En tanto que la niebla obscura tuvo
De la ignorancia la virtud sin vida,
Hasta que aventajadamente hubo
Quien la ensalzó do ahora está subida;
Mas (como todas cosas) nunca puede
Firmarse donde permanezca y quede.

No asienta en nada el pié, ni permanece
Cosa jamas criada en un estado:
Este hermoso sol que resplandece,
Y el coro de los astros levantado,
El vago ayre y sonante, y quanto crece
En la tierra, y el mar de grado en grado
Mueven, como ellos cambian vez y asientos,
Y revuelven los grandes elementos.

Los instrumentos necesarios para la pintura.

Será entre todos el pincel primero
En su cañon atado y recogido,
Del blanco pelo del silvestre vero;

(El Bélgico es mejor, y en mas tenido)
Sedas el jabalí cerdoso y fiero
Parejas ha de dar al mas crecido:
Será grande, ó mayor, segun que fuere
Formado á la ocasion que se ofreciere.

Un junco que tendrá ligero y firme,
Entre los dedos la siniestra mano,
Do el pulso incierto en el pintar se afirme,
Y el teñido pincel vacile en vano:
De aquellas que cargó de tierra firme
Entre oro y perlas navegante ufano,
De ébano, ó de marfil, hasta que se entre
Por el cañon, y con el pelo encuentre.

Demas un tabloncillo relumbrante
Del árbol bello de la tierna pera,
O de aquel otro, que del triste amante
Imitare el color en su madera,
Abierto por la parte de delante,
Do salga el grueso dedo por defuera:
En él asentarás por sus tenores
La variedad y mezcla de colores.

Un pórfido quadrado, llano y liso,
Tal que en su tez te mires limpia y clara,

Donde podrás con no pequeño aviso
Trillarlos con sutil mixtura y rara:
De tres piernas la máquina de aliso,
De una á otra poco mas que vara,
Las clavijas pondrás en sus encaxes,
Donde á tu mano el quadro alces ó baxes.

De macizo nogal y sazonado,
Derecha regla que el perfil requadra:
Tendrás tambien de acero bien labrado
(No faltará ocasion) la justa esquadra:
El compas del redondo fiel trabado,
A quien el propio nombre al justo quadra,
Que abriéndose, ó cerrando no se sienta
El salto, donde el paso mas se aumenta.

Demas de esto un cuchillo acomodado
De sus pérfidos filos ya desnudo,
Que incorpore el color, y otro delgado
Que corte sin sentir frio y agudo:
Los despojos del páxaro sagrado,
Cuya voz oportuna tanto pudo
De la Tarpea roca en la defensa,
Quando tenerla el fiero Galo piensa.

Sea argentada concha, do el tesoro
Creció del mar en el extremo seno,
La que guarde el carmin, y guarde el oro,
El verde, el blanco, y el azul sereno;
Un ancho vaso de metal sonoro,
De frescas ondas transparentes lleno;
Do molidos al olio en blando frio,
Del calor los defienda y del estío.

VARIAS COMPOSICIONES FESTIVAS

DE BALTASAR DE ALCAZAR.

Su modo de vivir en la vejez.

Deseais, Señor Sarmiento,
Saber en estos mis años,
Sujetos á tantos daños,
Como me porto y sustento.
Yo os lo diré en brevedad,
Porque la historia es bien breve,
Y el daros gusto se os debe
Con toda puntualidad.
Salido el sol por Oriente
De rayos acompañado,
Me dan un huevo pasado
Por agua, blando y caliente,
Con dos tragos del que suelo
Llamar yo nectar divino,
Y á quien otros llaman vino,
Porque nos vino del cielo.
Quando el luminoso vaso
Toca en la meridional,

Distando por un igual
Del Oriente y del Ocaso;
Me dan asada y cocida
De una gruesa y gentil ave,
Con tres veces del suave
Licor que alegra la vida.
Despues que cayendo viene
A dar en el mar Esperio,
Desamparando el imperio,
Que en este horizonte tiene;
Me suelen dar á comer
Tostadas en vino mulso,
Que el enflaquecido pulso
Restituyen á su ser.
Luego me cierran la puerta,
Yo me entrego al dulce sueño:
Dormido soy de otro dueño,
No sé de mi nueva cierta.
Hasta que habiendo sol nuevo
Me cuentan cómo he dormido,
Y así de nuevo les pido,
Que me den nectar y huevo.
Ser vieja la casa es esto;
Veo que se va cayendo,
Voyle puntales poniendo,
Porque no caiga tan presto.

Mas todo es vano artificio:
Presto me dicen mis males,
Que han de faltar los puntales,
Y allanarse el edificio.

Secreto para conciliar y sacudir el sueño.

No es el sueño cierto lance:
Variedades tiene el sueño,
Ya lo alcanza presto el dueño,
Ya no puede dalle alcance.
Este tan vario accidente
Suele á veces dar disgusto,
Yo le corrijo y ajusto
Con el aviso siguiente:
Quando el sueño se detiene
Rezo por poder pasar,
Y en comenzando á rezar
En el mismo punto viene.
Si carga mas que debia
Pienso en las deudas que debo,
Y el sueño huye de nuevo,
Como la sombra del dia.
Ved el áspero y cruel
Quan manso vuelve al oficio,
Y con gran poco artificio
Hago lo que quiero de él.

Con tanta puntualidad,
Que como galan y dama
Tenemos á mesa y cama
Perpetua conformidad.
Revelóme este secreto
Una vieja de Antequera,
Que desde la vez primera
Hizo verdadero efeto.
Y así por larga experiencia
He venido á conocer,
Que con rezar y deber
Se repara esta dolencia.

Epigrama.

En un muladar un dia
Cierta vieja Sevillana
Buscando trapos y lana,
Su ordinaria grangería,
Acaso vino á hallarse
Un pedazo de un espejo,
Y con un trapillo viejo
Lo limpió para mirarse.
Viendo en él aquellas feas
Quixadas de desconsuelo,
Dando con él en el suelo
Le dixo, *maldito seas.*

Una Cena *.

En Jaen, donde resido,
Vive Don Lope de Sosa,
Y direte, Ines, la cosa
Mas brava de él que has oido.
Tenia este Caballero
Un criado Portugues....
Pero cenemos, Ines,
Si te parece primero.
La mesa tenemos puesta,
Lo que se ha de cenar junto,
Las tazas del vino á punto;
Falta comenzar la fiesta.
Comienza el vinillo nuevo,
Y échale la bendicion,
Yo tengo por devocion
De santiguar lo que bebo.
Franco fue, Ines, este toque;
Pero arrojame la bota:
Vale un florin cada gota

* Esta composicion se encuentra en el tomo IX del Parnaso; pero muy defectuosa, y diferente de la que ahora se publica. Faltan á aquella las ocurrencias mas felices.

De aqueste vinillo aloque.
¿De qué taberna se traxo?
Ma ya... de la del Castillo:
Diez y seis vale el quartillo:
No tiene vino mas baxo.
Por nuestro Señor que es mina
La taberna de Alcocer:
Grande consuelo es tener
La taberna por vecina.
Si es ó no invencion moderna.
Vive Dios que no lo sé,
Pero delicada fue
La invencion de la taberna.
Porque allí llego sediento,
Pido vino de lo nuevo,
Mídenlo, dánmelo, bebo,
Págolo, y voyme contento.
Esto, Ines, ello se alaba,
No es menester alaballo:
Solo una falta le hallo,
Que con la priesa se acaba.
La ensalada y salpicon
Hizo fin, ¿qué viene ahora?
La morcilla, ¡ó gran señora,
Digna de veneracion!
¡Qué oronda viene y que bella!

¡Qué través y enjundia tiene!
Paréceme, Ines, que viene
Para que demos en ella.
Pues sus, encójase y entre;
Que es algo estrecho el camino:
No eches agua, Ines, al vino,
No se escandalice el vientre.
Echa de lo tras añejo,
Porque con mas gusto comas:
Dios te guarde, que así tomas,
Como sabia, mi consejo.
Mas dí ¿no adoras y precias
La morcilla ilustre y rica?
¡Cómo la traidora pica!
Tal debe tener especias.
¡Qué llena está de piñones!
Morcilla de cortesanos,
Y asada por esas manos
Echas á cebar lechones.
El corazon me rebienta
De placer: no sé de tí,
¿Cómo te va? yo por mí
Sospecho que estás contenta.
Alegre estoy vive Dios:
Mas oye un punto sutil;
¿No pusiste allí un candil?

¿Cómo me parecen dos?
Pero son preguntas viles,
Ya se lo que puede ser:
Con este negro beber
Se acrecientan los candiles.
Probemos lo del pichel,
Alto licor celestial,
No es el aloquillo tal,
Ni tiene que ver con él.
¡Qué suavidad! ¡qué clareza!
¡Qué rancio gusto y olor!
¡Qué paladar! ¡qué color!
¡Todo con tanta fineza!
Mas el queso sale á plaza,
La moradilla va entrando,
Y ámbos vienen preguntando
Por el pichel y la taza.
Prueba el queso que es extremo,
El de Pinto no le iguala,
Pues la aceytuna no es mala,
Bien puede vogar su remo.
Haz pues, Ines, lo que sueles,
Daca de la bota llena
Seis tragos; hecha es la cena,
Levántense los manteles.
Ya que, Ines, hemos cenado

Tan bien, y con tanto gusto,
Parece que será justo
Volver al cuento pasado.
Pues sabrás, Ines hermana,
Que el Portugues cayó enfermo,
Las once dan, yo me duermo,
Quédese para mañana.

Diálogo entre un Galan y el Eco.

G. En este lugar me vide,
Quando de mi amor partí:
Quisiera saber de mí
Si mi suerte no lo impide.
E. Pide.
G. Temo novedad ó trueco,
Que es fruto de una partida:
¿Mas quién me dice que pida
Con un término tan seco?
E. Eco.
G. ¿La que siguió con tal priesa
Las pisadas de Narciso?
¿La que por Júpiter quiso
Ser contra Juno traviesa?
E. Esa.
G. ¿Qué andas por aquí buscando,

Bella Ninfa, es á tu amor?
O vencida del dolor
¿Andas tus males llorando?
E. Ando.
G. Así, Narciso, te vea
Con mas piedad que solia,
Que informes al alma mia
De las cosas que desea.
E. Sea.
G. Respóndeme pues del cerro
Cavernoso: ¿haberme ido
Fué yerro, no habiendo sido
Necesario mi destierro?
E. Yerro.
G. Hora debió ser menguada,
Donde reynó el interes:
¿La lealtad y fe de Ines,
Qué han medrado en mi jornada?
E. Nada.
G. El caso va descubierto,
Algun desconcierto ha hecho:
¿Es cierto lo que sospecho
De haber hecho desconcierto?
E. Cierto.
G. ¿Vístele romper el hilo,
Que anudó nuestra amistad?

No quieras con liviandad
Hacerme cera y pavílo.
E. Vílo.
G. A vílo fio hay que dudarse,
Yo te doy entera fe:
¿Mas lo que viste qué fue?
¿Fué olvidarme, ó fue mudarse?
E. Darse.
G. ¡Qué en tales trances y puntos,
Ines, con otro se halla!
Dí cómo los viste, y calla
Las circunstancias y adjuntos.
E. Juntos.
G. Ella fue nave sin lastre,
Que dió conmigo al través:
¿Y de qué calidad es
El autor de mi desastre?
E. Sastre.
G. Mira no se lo levantes:
Antes que la conociese
Pudo ser que sastre fuese,
Mas no en tiempos semejantes.
E. Antes.
G. Pues ya no usando el oficio,
Que mucho es que se engañase:
¿Quién la obligó á que olvidase

Mi tierno amor y servicio.
E. Vicio.
G. Acaba de resumirte:
De este vicio y perdicion
¿Quál fue la cierta ocasion?
Que tenga yo que servirte.
E. Irte.
G. Pues presto vine: mas tarde
Para corazon tan vario,
¿Quiere bien á mi contrario?
Dímelo, así Dios te guarde.
E. Arde.
G. Arda, pues tan poco valgo,
Que dexo arder esos fuegos:
¿Resistió mucho á los ruegos
De ese venturoso hidalgo?
E. Algo.
G. ¿Las amorosas porfias,
Y recaudos importunos
Duráron meses algunos?
Dilo, pues que lo entendias.
E. Dias.
G. La paga parece breve,
Y pues que lo reduxéron
A dias, dí quantos fuéron,
Aunque mi mal se renueve.
E. Nueve.

G. Corta en palabras anduvo,
Propiedad de Vizcainos:
¿Y hubo acaso en los vecinos
Quien tanta ventura tuvo?
E. Hubo.
G. Pues á propósito llega,
Dime el nombre sin tardanza
De aquel, que el mar en bonanza,
Y el viento á popa navega.
E. Vega.
G. Primero que me partiese
Tuve yo del mal espina:
No es Vega, junto á la esquina,
Con quien tuve el interese.
E. Ese.
G. Que cometió aquel delito,
Que todos saben del trigo,
Por quien le vino el castigo,
Que en flor lo dexó marchito.
E. Chito.
G. ¿Qué calle? donosa estás,
¿No fue público el engaño?
¿Y él no me ha hecho más daño,
Que yo le haré jamas?
E. Mas.
G. Al fin su amor fue al desgayre:

Debió ser porque en efeto
Quanto le dí fue un soneto,
Y otros versos de donayre.
E. Ayre.
G. Yo se los dí por dinero
De mas valor y provecho:
¿Mas qué son versos en pecho
Sin amor, hecho de acero?
E. Cero.
G. Por experiencia lo ví,
Que realmente en mis amores
Codició fruto y no flores:
¿Tú no lo entendiste así?
E. Si.
G. ¡Cómo la ingrata olvidó
Lo que mostraba estimar!
¿Y él de qué ardid supo usar,
Que tan presto la rindió?
E. Dió.
G. Acertó: y es el decoro,
Que ha de guardar el que ama:
¿Pero qué le dió á la dama,
Que tan sin término adoro?
E. Oro.
G. Artillería es que espugna
La mayor fuerza de amor;

¿Y hubo á caso en su favor
Del galan tercera alguna?
E. Una.
G. Dígolo porque esta allana
Qualquier duda y la atropella:
Bien sé que fue hermana de ella,
Pero no se qual hermana:
E. Ana.
G. Si alguna tercera hubiere
Esa ha de ser, y otra no:
¿La madre cómo calló
Visto el deshonor que adquiere?
E. Quiere.
G. Mis versos quisiera solos
Cobrar, pero no me atrevo:
¿Diólos al amante nuevo,
O por ventura escondiólos?
E. Diólos.
G. ¡Que á tal cosa se dispuso
La desenvuelta muchacha!
¿Y él puso en los versos tacha
Sabiendo quien los compuso?
E. Puso.
G. Hallarialos obscuros
Versos inútiles, coxos,
Duros, baxos, y tan floxos,

Que se caen de maduros.
E. Duros.
G. Bien sabe de cortesano:
¿No está llano que en blandura
Son sin igual, y en lisura
Y en estilo castellano?
E. Llano.
G. Pero el sugeto fue indigno,
No me espanto: ¿y la infiel
Vino á mormurar con él
Tambien del verso divino?
E. Vino.
G. ¿Quién tan gran maldad hiciera
Por un amante segundo?
¿Cómo ha de llamalla el mundo
Quando el caso se refiera?
E. Fiera.
G. Poco es fiera, yo lo hallo
Mejor nombre que le den:
Mas calla, que yo tambien
Me corro de publicallo.
E. Callo.
G. Que sufra yo una querella
Tan justa, no quiera Dios,
Muera el uno de los dos:
¿Quál será, dí, Ninfa bella?
E. Ella.

G. ¿La palomilla sin hiel
Ha de morir? ¡ay dolor!
¿Quál hallas tú que fue autor
De este delito cruel?
E. El.
G. Pues muera, que yo no soy
De quien es bien que se alabe:
¿Quándo quieres que le acabe?
Porque resoluto estoy.
E. Hoy.
G. Mucha priesa es para mí;
Pero hoy no me determino:
Oye otro nuevo camino
Mejor del que yo entendí.
E. Dí.
G. Rematar este debate
Con muerte, hay Dios que lo vede,
Pues mátele Dios que puede,
Y asegúrase el remate.
E. Mate.
G. Si yo lo mato me pierdo,
Porque no hay caso escondido:
¿Qué te parece que ha sido
Todo este mi nuevo acuerdo?
E. Cuerdo.
G. Viva lo que Dios mandare:

Solo me dí lo que haga
Del sexô que así me estraga,
Para que mi mal repare.
E. Pare.
G. ¿Cómo ha de parar un potro
Cerrero y desenfrenado?
¿Y quál amor hay criado,
Que me haga olvidar este otro?
E. Otro.
G. Ya te entiendo, y es exceso:
¿Quiéres decir que procure
Nuevo amor, que el viejo cure
Por haber salido avieso?
E. Eso.
G. No osaré intentar tal cosa,
Porque quizá es escapar
De una desventura, y dar
En otra mas peligrosa.
E. Osa.
G. Y quando me aventurara,
¿Qué dama fuera mejor
Para servir, sin temor
Que con otro se mezclara?
E. Clara.
G. De su madrasta he sabido,
Que es bellísima y honrada,

Blanda, humilde y avisada;
Pero tiene un mal marido.
E. Ido.
G. Ya se que se fue á la guerra:
Mas hay quien lo profetice
(Si no yerra el que lo dice)
Que será presto en la tierra.
E. Yerra.
G. Quieres decir que mintió:
¿Al fin fin no ha de volver
A su casa y su muger,
Como al partir lo ordenó?
E. No.
G. Pues el mayor sobresalto
Me allanas, yo he de probar
Por tu consejo asaltar
Ese peligroso salto.
E. Alto.
G. Que ya entiendo que lo manda
Quien la rueda mueve y guia:
Y siendo así, Ninfa mia,
Yo me parto en la demanda.
E. Anda.

Imitacion de un Apólogo.

Quiso Mercurio saber,
Juzgándose sin segundo,
La estimacion que en el mundo
Su deidad pudo tener.
Y halló ser necesario
Para enterarse del hecho,
Irse á la tienda derecho
De un insigne estatuario.
En esto, pues, resumido
Hizo al punto su viage,
Mudando el divino trage
Para no ser conocido.
Sin mirar quan fácil es
Al escarbar la gallina
Descubrir la aguda espina,
Que le lastima los pies.
Vido llena la oficina
De tablas artificiosas
Todas de Dioses y Diosas
De belleza peregrina.
Tambien vió la suya entre ellas,
Que á su parecer ultraja
Las demas con la ventaja,

Que al sol hace á las estrellas.
Hallóse á todo presente
El artífice discreto,
Con quien el Dios inquietó
Tuvo el coloquio siguiente:
Esta tabla principal
De Júpiter, ¿quánto vale?
Esa de ordinario sale
Vendida en medio real.
¿Y esta de la Diosa Juno,
En que se suele vender?
Esta por ser de muger
Suele venderse por uno.
¿Y esta del famoso Dios
Mercurio en que sueles dalla?
De valde suele llevalla
Quien me compra esotras dos.
Amargóle esta verdad,
Pero juzgo sin pasion,
Que la propia estimacion
No suele dar calidad:
Y que los que mas estan
Con su estimacion casados,
Solo tienen de estímados
Lo que las otras les dan

Cancion.

Pues el pago de mi fe,
Juana, es verme qual estoy;
Al Rey de Francia me voy,
No me preguntes á qué.
Sufriendo las sinrazones,
Que me hiciste me han salido
Dos bultos tras el oido,
Que parecen lamparones.
Si lo son, yo no lo sé:
Mas por la duda en que estoy,
Al Rey de Francia me voy,
No me preguntes á qué.
Si no fueras melindrosa
Pasara con buen gobierno,
Sin intentar sobre invierno
Jornada tan trabajosa:
Pero como en ella esté
Tan cursado como estoy,
Al Rey de Francia me voy,
No me preguntes á qué.

Cancion.

Tres cosas me tienen preso
De amores el corazon,
La bella Ines, el jamon,
Y berengenas con queso.
Esta Ines, amantes, es
Quien tuvo en mí tal poder,
Que me hizo aborrecer
Todo lo que no era Ines.
Traxóme un año sin seso,
Hasta que en una ocasion
Me dió á merendar jamon,
Y berengenas con queso.
Fue de Ines la primer palma,
Pero ya júzgase á mal
Entre todos ellos qual
Tiene mas parte en mi alma.
En gusto, medida y peso
No le hallo distincion,
Ya quiero, Ines, ya jamon,
Ya berengenas con queso.
Alega Ines su beldad,
Y el jamon que es de Aracena:
El queso y la berengena

La Española antigüedad.
Y está tan en fiel el peso,
Que juzgado sin pasion,
Todo es uno, Ines, jamon,
Y berengenas con queso.
A lo menos este trato
De estos mis nuevos amores,
Hará que Ines sus favores
Me los venda mas barato.
Pues tendrá por contrapeso
Si no hiciere la razon
Una lonja de jamon,
Y berengenas con queso.

Sobre los consonantes.

Quisiera la pena mia
Contentarla, Juana, en verso,
Pero temo el fin diverso
De como yo lo queria.
Porque si en versos refiero
Mis cosas mas importantes,
Me fuerzan los consonantes
A decir lo que no quiero.
Exemplo: Ines me provoca
A decir mil bienes de ella:

Si en verso la llamo bella,
Dice el consonante *loca.*
Y así vengo á descubrir
Con término descompuesto,
Que es una loca, y no es esto
Lo que yo quiero decir.
Y si la alabo de aguda,
Presta, ardiente como fuego;
A la aguda dice luego
Su consonante *picuda.*
Y así la llamo en sustancia
Picuda quizá sin sello,
A lo menos sin querello,
Por solo la consonancia.
Y es detrimento que impide,
Pues podrás hacerme cargo,
Que en la relacion me alargo
Mas de lo que el cuento pide.
Aunque puede haber descuento
Si el mentir no es excesivo,
Pues si miento en lo que escribo
Por los consonantes miento.
Demas de esto tengo duda,
Que mi verso te contente,
Mirado menudamente,
Porque despuntas de aguda.

Y no siendo qual deseas,
Tú aborreces versos malos,
Y será darte de palos
Obligarte á que lo leas.

Pues, Juana, si hago fiucia
De relatartela en prosa,
Tú eres limpia y melindrosa,
Y es mi prosa un poco sucia.

Porque por ser tan añejo
Ya en los años, suelo usar
En escribir y en hablar
Palabras del tiempo viejo.

Y la experiencia me avisa,
Que no será maravilla,
Que la esperada mancilla
La conviertas toda en risa.

Y así si yo no me engaño
Parecerá menos feo
Desamparar mi deseo,
Que seguillo con mi daño.

Pues de estas dificultades
Descubrirás si lo miras,
Que en el verso irán mentiras,
Y en la prosa necedades.

Consejos á una viuda.

Dexa el llanto y la tristeza
Gloria de las Isabeles,
Que son verdugos crueles
De tus años y belleza.
La pérdida del marido
Considera que pasó,
Y el pasar no reparó
Cosa de lo ya perdido.
Y sustentar la herida
Siempre abierta del dolor,
No promete bien mayor
Del que le das á tu vida.
Porque la tienen de suerte
Tus lágrimas y crueldad,
Que la luz de tu beldad
Se ha vuelto sombra de muerte.
Si quieres ver manifiesto
El ciego error en que estás,
Toma el espejo, y verás
El estado en que te ha puesto.
Porque visto el daño espero,
Compadecida de tí,
Que recibirás de mí

Lo que aconsejarte quiero.
Dexa el triste luto á parte,
Pon los alegres doseles,
Y arma la cama en que sueles
Con tu Adonis recrearte.
Ardan los ricos pebetes,
Que en tus regalos consumes,
Y usa de nuevos perfumes,
Y de varios ramilletes.
Cubre de perlas el cuello,
Da lustre á la tez hermosa,
Cobra tu color de rosa,
Y esparce al viento el cabello.
Ponte la rica cintura
Con los curiosos zarcillos,
Los brazaletes y anillos
Adornen tu hermosura.
Haz ventana para ver
Los ratos desocupados,
Desvanece á los mirados
Si lo merecieren ser.
Tus ojos cojan y lleven
Las banderas y despojos
De las almas y los ojos
De los que á verte se atreven.
La arpa ya olvidada encuerda,

Tañe y canta letra mia,
Pues que tu dulce armonía
Con la del cielo concuerda.
Bebe clarete, que quita
Melancolías y alegra;
Dí luego mal de tu suegra,
Y ande la risa y la grita.
Recibe á brazos abiertos
Qualquier placer que viniere,
Si Venus algo pidiere
No te acuerdes de los muertos.
Porque en qualquiera razon
Que madama se declara,
Mas vale vergüenza en cara,
Que mancilla en corazon.
Tus afligidas doncellas,
Que ya no se lo desean,
Ten por bien que no lo sean,
Serás adorada de ellas.
Y en satisfaccion y á cuenta
De un hecho tan cortesano,
Te darán ripio á la mano
Para que vivas contenta.
Ande pues, tu planta bella
Siempre verde y regalada,
De contentos cultivada

Por el fruto que habrás de ella.
Y así vivirás ufana
Largo tiempo, y al fin de él
Podrás usar, Isabel,
El oficio de Diana.

Epigrama.

Magdalena me picó
Con un alfiler un dedo,
Díxela, picado quedo,
Pero ya lo estaba yo.
Ríose, y con su cordura
Acudió al remedio presto,
Chupóme el dedo, y con esto
Sané de la picadura.